

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

podríamos despertar en el infierno

Kelltom McIntire



James García *el Chicano*, hizo derrapar su potente «Honda», y se detuvo en seco, alzando una imponente polvareda en torro suyo.

Lanzó un grito penetrante, de alerta. Pero McCall y sus hombres estaban todavía a unas tres millas quizá, a juzgar por la nube de polvo que dejaba atrás su *jeep*.

El desierto se extendía, inacabable, tórrido, apenas manchado de cuando en cuando por un grupo de gigantescos saguaros.

Mientras se aproximaba el *jeep* de McCall, García dirigió un vistazo a los alrededores.

El viento estaba en calma sobre la arena blanquecina.



Kelltom McIntire

Podríamos despertar en el infierno

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1333

ePub r1.0

Lds 05.09.18

Título original: *Podríamos despertar en el infierno*

Kelltom McIntire, 1976

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

James García *el Chicano*^[1], hizo derrapar su potente «Honda», y se detuvo en seco, alzando una imponente polvareda en torro suyo.

Lanzó un grito penetrante, de alerta. Pero McCall y sus hombres estaban todavía a unas tres millas quizá, a juzgar por la nube de polvo que dejaba atrás su *jeep*.

El desierto se extendía, inacabable, tórrido, apenas manchado de cuando en cuando por un grupo de gigantescos saguaros.

Mientras se aproximaba el *jeep* de McCall, García dirigió un vistazo a los alrededores.

El viento estaba en calma sobre la arena blanquecina.

—«Vine y su camarada» pensó. Y enseguida gruñó, rabioso. —Es imposible que sus podencos no puedan encontrarlos.

El cárter del «Dodge» de Vince debía estar rajado, y el aceite escapaba a chorros...

¿Cómo escapar de McCall, en aquellas condiciones?

James, joven delgado y moreno, se enjugó las demacradas facciones con un pañuelo.

El *jeep* de McCall se acercaba rápidamente, dando tumbos sobre las dunas.

—Muérete, perro —murmuro García, mordiendo las palabras. Y pensaba en Steve McCall.

Luego, se volvió de espaldas y McCall frenó salvajemente tras él, a punto de atropellarle.

—¿Dónde están? —Gruñó, ansioso. Y bajó dificultosamente del asiento del vehículo.

El policía era un hombre de una apariencia impresionante: casi dos metros, robusto, corpulento, su peso pasaba de los ciento veinte kilos. Tenía, además, unos brazos larguísimos, un rictus

despreciativo en sus labios y unos cabellos grises tan crespos como los de un león.

García escupió la arena que se había introducido en su boca.

—¿Quién lo sabe? —rió bruscamente—. Las huellas del «Dodge» están ahí, sobre la arena. Hay manchas de aceite, a intervalos. El cárter de su coche se ha debido rajar, al chocar contra algún pedrusco...

El policía le miró inquisitivamente.

Dominaba con su imponente estatura al chicano que, a su lado, parecía más pequeño y delgado aún.

Luego, los ojos grises de McCall escrutaron las huellas dejadas sobre la finísima arena reverberante. Y al observar las manchas oscuras y grasientas, un destello fulgió en sus ojos.

—Bien —dijo—. Eso significa que no irán muy lejos. El motor se recalentará rápidamente y se gripará. Será fácil cazarlos, si tienen que continuar a pie.

El chicano volvió a reír.

—No se confíe, McCall. Dave Vine es hombre de muchos recursos. Por otra parte —había burla en el tono de su voz—, el Manantial de Perkins está muy próximo. Y poco más allá, la frontera...

Al oírle, McCall enrojeció de cólera. Y tomando a García entre sus manos como si se tratara de un ratoncillo, lo elevó en el aire y le zarandeó salvajemente.

—¿Manantial de Perkins, cizalla? —bramó—. ¿De qué estás hablando?

El chicano se atragantó.

—Está... a unas quince millas de aquí... sur —confesó—. Hay agua abundante, comida y *whisky*. Un viejo..., Stanley, construyó allí una enramada y vende sus provisiones a... los locos que se atreven a llegar hasta el manantial.

—Eres un cerdo —barbotó McCall, con voz contenida—. ¿Por qué no me explicaste todo eso antes?

—Usted... usted no me preguntó —respondió el chicano, casi ahogado—. ¡Suélteme! No tiene derecho a...

McCall le soltó, de repente. Con tanta brusquedad que el infeliz García cayó de espaldas y quedó despatarrado sobre la arena.

—¡Steve, no debes tratarle as!...

McCall se volvió de un brinco. El que había hablado era Salzman, el juez de Las Arenas, un individuo delgado, de facciones sonrosadas y porte severo, que vestía un traje oscuro, ahora totalmente cubierto de fina arena blanquecina.

—¿Por qué? —La violencia latía en las palabras del policía—. García sabe que podemos enviarle a prisión por diez años. ¿No encontró Eve Morgan un paquete de heroína en sus bolsillos? El sabe que puedo acusarle, por tráfico de estupefacientes...

—¡Miente! —gritó el pequeño García, poniéndose en pie de un brinco—. Eve metió el paquete en mis bolsillos. Yo había bebido algunas copas, es cierto... Eve Morgan me detuvo sin motivos, me golpeó... Cuando volví en mí, me encontré en una celda... ¡Jamás he consumido estupefacientes!

Pero McCall le apresó de un zarpazo y le abofeteó.

—Me has insultado, y ello añade un nuevo motivo a tu conducta para que te pudras en prisión. Serás procesado por tráfico de estupefacientes e insultos a un agente de la ley...

—Pero todo eso... —Era Salzman el que hablaba, muy nervioso—. Todo eso nada tiene que ver con la verdad...

McCall soltó a García y fue, furioso, hasta el *jeep*. Su puño derecho cayó salvajemente sobre la gruesa chapa del capot, y el golpe resonó con fuerza.

—¡La verdad! —gritó—. La única verdad es la nuestra. En cuanto a James García, este despreciable chicano, colaborará lealmente con nosotros o le encerraré por el resto de sus días.

—¡Espóseme!! —chilló García, preso de una gran excitación—. ¡Espóseme ahora mismo o... le apuñalaré en la primera ocasión en que me de la espalda!

McCall sonrió cruelmente.

Hizo una señal, y dos hombres de uniforme bajaron del *jeep*.

Eran los hermanos Nathan y Evelius Morgan, quienes, aparte de prestar sus servicios como policías en Las Arenas, ejercían como vigilantes en los almacenes de la explotación frutícola Cooparena... en la que Steve McCall tenía poderosos intereses.

En cualquier caso. Jim García retrocedió al ver que los hermanos Morgan se acercaban a él, con las carabinas ligeras en las manos.

No le valió de nada. Porque Eve Morgan saltó de repente y le golpeó en la espalda con el cañón de su carabina.

Fue un golpe seco, terrible.

García lanzó un alarido y se dobló hacia atrás.

Pero Nathan Morgan aprovechó el momento para golpearle con la culata de su arma en el vientre, con lo que el chicano chilló, angustiado, y cayó redondo al suelo.

Charles Tompson, que viajaba en la parte posterior del *jeep*, plegó los labios en un gesto de repugnancia.

—Es demasiado... —murmuró, asqueado.

Cuando Tompson abrió los ojos, los Morgan reanimaban a Jim García. Es decir, le abofeteaban sin demasiada suavidad.

—Viertan un poco de agua sobre su rostro —suplicó el juez Salzman.

Steve McCall dejó escapar una risotada.

—¿Agua? No vale la pena. Además, apenas tenemos una cantimplora, y aún no sabemos si es verdad que a quince millas de aquí encontraremos un manantial. ¡Levantadlo!

Jim tenía un color ceniciento en sus cobrizas facciones. Alentaba débilmente, y apenas podía sostenerse sobre las piernas, pero reaccionó un tanto cuando Eve le introdujo el gollete de una botella de *whisky* entre los labios y le obligó a beber.

—Bien —dijo McCall—. Pon un litro de gasolina en el depósito de su moto, Eve. Sólo un litro. De esta forma no podrá escapar. Y tú, chicano, vas a seguir adelante, y nos guiarás hasta el manantial de Perkins. Si Dave Vine logra cruzar la frontera... Bien, ya sabes hasta dónde puedo llegar. Ahora, arranca tu moto y sigue las huellas del «Dodge». ¡Hazlo!

Nathan Morgan soltó al chicano, que se alejó, tambaleante, hacia el lugar donde su «Honda» descansaba sobre la ardiente arena.

Eve llevó un bidón de gasolina, y vertió apenas un chorro en el depósito de carburante de la moto.

Jim tuvo que insistir varias veces con el pedal antes de que el motor de su máquina zumbase.

Luego, se dejó caer sobre el sillín, metió una velocidad y se alejó hacia el sur, dejando tras sí una sofocante polvareda.

—Todo esto supone incomodidades inútiles —comentó Wesley Cooper, que sudaba a raudales, desde su abombada frente hasta sus pies planos y enormes—. ¿Por qué no pidió un helicóptero a las

autoridades del pueblo?

Por toda respuesta, McCall soltó enseguida una risotada salvaje. Luego, cuando su risa cesó, miró a Cooper con lástima y dijo:

—¿Tengo que repetirle que éste es un asunto estrictamente particular? Pues bien, lo repetiré: Dave Vine sabe muchas cosas que bastarían para arruinarnos. Y no me refiero solamente a usted y a mí, porque todos pagaríamos. Incluyendo al honorable juez John Salzman, al riquísimo Charles Thompson e incluso a Eve y Nathan Morgan.

Salzman se pasó un dedo por el cuello, molesto.

En cuanto a Thompson, tosió secamente y desvió la mirada.

El abogado Wesley Cooper sacó un nuevo pañuelo de su cómoda y fresca chaqueta blanca.

Nathan y Eve Morgan sonrieron. Ellos sabían a qué atenerse. Si había que llegar al límite de la crueldad..., llegarían. Todo, a cambio de seguir gozando de la impunidad.

CAPÍTULO II

Stanley oyó el petardeo del escape, y asomó a la puerta de su enramada, tras desconectar el pequeño televisor en el que había estado contemplando unos dibujos animados de *Tom y Jerry*.

Vio el coche, arrojando surtidores de vapor bajo el capot, y vio, igualmente, a los dos jóvenes que miraban hacia la casa.

El más fornido y atlético era rubio. Sus cabellos sueltos destellaban al sol, enmarcando un rostro bronceado, cuadrado, en el que brillaban unos ojos dorados, inteligentes.

Stanley se acercó despacio, con precauciones. No tenía miedo, pero todavía estaba fresco en su memoria el incidente ocurrido en el manantial, un mes antes, con el grupo de gamberros motorizados, que se empeñó en hacerle fumar una pipa de marihuana. Tras lo cual, el pobre Stanley había ido a parar de cabeza a la pequeña laguna que formaban las aguas del manantial antes de extinguirse en las candentes arenas.

El joven rubio sonreía. Y Stanley se sintió inmediatamente ganado por la cordialidad que había en aquella sonrisa.

—Seguramente hemos venido a despertarle de su siesta —dijo el recién llegado, aproximándose.

—Oh, no —respondió Stanley, con su extraña voz cascada—. Me divertía con *Tom y Jerry*, eso es todo. ¿Avería?

—Sí. Soy Dave Vine. Mi amigo se llama Jack Brown. Tuvimos la desgracia de chocar contra una roca, y el cárter de nuestro coche se rompió. Hemos agotado las dos latas de aceite que teníamos y...

Calló. Pero debió pensarlo rápidamente y confesó:

—Bueno, le diré la verdad: nos persiguen. Supongo que sería inútil preguntarle si puede prestarnos algún vehículo...

—Bien, tengo una vieja camioneta —respondió el anciano—. Por

desgracia, en el último viaje se le quemó la junta de culata. Me puse esta mañana a cambiársela, pero el calor apretaba de firme y tuve que dejarlo. Por cierto, me llamo Stanley.

Vine estrechó su mano, y el joven moreno que le acompañaba hizo otro tanto.

Apenas podía disimular Vine la desilusión que las palabras de Stanley le habían causado.

De todas formas, volvió a sonreír. Y dijo:

—Voy a atreverme a pedirle un favor, señor Stanley. ¿Podría ocultarnos? Créame, corremos un gran peligro. Si los hombres que nos persiguen nos dan alcance, nos descubren, dispararán a matar sobre nosotros y, tal vez, sobre usted, si llegan a descubrir que nos ha ayudado.

Stanley tragó saliva. Tenía un cigarro muy mordido entre los dientes, y lo hizo girar entre los labios, muy confuso.

—¿Podría... podría saber quiénes son los hombres que les persiguen? —preguntó, al fin.

Dave Vine sonrió.

—No voy a engañarle: se trata de Steve McCall, *sheriff* de Las Arenas, y algunos de sus policías. Le acompañan el juez John Salzman y el misionario Charles Tompson, además de un abogado. Han obligado a un muchacho llamado Jim García a seguir nuestras huellas. Por la fuerza. Hicimos un alto, y vimos cómo McCall golpeaba a García con saña. Quisiera explicarle el asunto con más detalles, señor Stanley, pero me temo que no vamos a tener tiempo para ello —explicó.

En efecto, cuando Dave se volvió hacia el norte, Stanley pudo escuchar claramente el rumor algo distante de un motor.

—Están apenas a un par de millas. ¿Puede ayudarnos? —preguntó Vine, con gran ansiedad.

—¿Quién lo duda? —respondió Stanley, escupiendo el cigarro lejos—. Vengan conmigo. Y les confesaré una cosa: Jim García es un buen chico, y un gran amigo mío. Si ese McCall le ha golpeado, necesariamente tiene que ser un canalla. De modo que... ¡cuestión resuelta! Les ayudaré. Pero dense prisa. Tendré que trabajar de firme.

Dave y Jack le siguieron a la carrera. Apenas habían desaparecido tras la enramada, el *jeep* de McCall brotó tras la cima

de una duna.

* * *

McCall barbotó un juramento: Jim García estaba sentado a la sombra de un saguaro, junto a su moto, y contemplaba con expresión pensativa la mancha verde del Manantial de Perkins, distante media milla.

El *jeep* derrapó espectacularmente sobre la arena suelta, y Jim tuvo que apartarse de un brinco para evitar ser atropellado.

Pero la potente motocicleta «Honda» quedó aplastada e inservible bajo las ruedas del *jeep*.

—¡Quería asesinarme! —rugió el chicano, palidísimo.

McCall saltó al suelo, furioso.

—¡Estúpido! Me has obligado a frenar de repente, con peligro para todos los que ocupamos el *jeep*, y encima me acusas... Debería destrozarte a golpes. Y aún...

Avanzaba, colérico, hacia el chicano, cuando Salzman dijo:

—Por favor, Steve... Lo matarás a golpes, de seguir así. Piensa, al menos, que García nos es necesario.

McCall se detuvo. Y miró hacia el oasis.

El «Dodge» de Dave Vine humeaba todavía en la explanada que antecedió a la casa de Stanley.

—No necesitamos al chicano para nada... ahora. Vine y Brown están ahí, descansando, probablemente. No podrán escapar —murmuró.

Tompson se agitó, inquieto. Era un hombre esbelto, apuesto y elegante. Pero no estaba hecho para la violencia y la crueldad, que McCall demostraba hartó a menudo.

Entretanto, Jim García contemplaba su moto, destrozada, con un rictus de odio en su rostro demacrado.

—¿Qué esperas ahí, chicano? —llamó su atención McCall—. Ve a pie y echa una ojeada. Si ves...

—No iré —denegó Jim.

—¿Por qué?

—Estuve ahí hace un par de meses. Un mexicano estaba muy enfermo: padecía cólera. Y su enfermedad se contagió a un grupo de peones que llegó al día siguiente. Murieron todos... Todos menos el

viejo Stanley, que estaba vacunado contra el cólera. El me lo contó todo, y me obligó a volver antes de penetrar en el campamento. Asegura que tuvo que incinerar más de veinte cadáveres. Y dijo que toda la zona del Manantial estaba contaminada. Yo no estoy vacunado... ¡no entraré en el campamento!

Tompson se estremeció de asco y de miedo. El estaba acostumbrado a su lujosa residencia de Las Arenas, a los ambientes limpios, asépticos, de sus despachos y negocios.

Pero el cólera...

—Regresemos, Steve —suplicó—. Ahora estamos a tiempo.

McCall se volvió. En sus ojos grises brillaba la fiera.

—¿Eres tú el hombre que va a casarse con mi hermana, con Katie? —bramó, iracundo—. Si eres tan cobarde, prefiero olvidar que ibas a convertirte en mi cuñado... Por otra parte, tú estás vacunado contra todas las enfermedades. ¿Por qué esa expresión asustada, Charles?

—Bien... —Tompson se limpiaba, frenético, las manos, con un pañuelo blanco y fino—. No lo decía por mí: tú mismo no estás vacunado. Y probablemente, tampoco lo están el juez Salzman, Cooper, los Morgan, el chicano...

—¿El chicano? —rió McCall con infinito desprecio—. Probablemente miente, para proteger a Vine. Sé que congeniaba con Dave, incluso les vi juntos, en varias ocasiones...

Se volvió bruscamente hacia García, y trató de apresarle. Sin embargo, el chicano era más ágil y, aunque magullado y débil, consiguió huir hacia la cima de la duna sobre la que había derrapado el *jeep*.

McCall desenfundó su revólver y disparó varias veces.

—Sólo tienes que dar un paso más, y te dejaré clavado sobre la arena como a una serpiente —advirtió el policía.

Muy pálido, Jim se detuvo.

Los Morgan ascendieron fatigosamente hasta él, y le trajeron arrastrando.

—Es el momento de que digas la verdad. Confiesa que mentiste al contarnos ese sucio cuento del cólera, de la epidemia —exigió McCall, encañonándole con el revólver.

Jim alzó el rostro. Sus mejillas, arañadas por la candente arena, estaban ensangrentadas.

—¿Cuento? —rió histéricamente—. Usted es un tipo bravo, valiente, McCall. Vaya al manantial y compruébelo por sí mismo.

—Eso es justamente lo que haré —respondió el policía.

Y derribó a Jim de una patada en el pecho.

Volvió al *jeep*, y puso el motor en marcha. Pero Charles Thompson le detuvo, asiéndole fuertemente por un brazo.

—¡No, Steve! Yo no pienso moverme de aquí. No quiero contraer el cólera —gritó.

McCall se volvió y le miró despacio, con infinito desprecio.

—¿Permitiremos que Dave Vine escape? —preguntó. Y añadió con voz lenta y reconcentrada—: No he querido decírtelo hasta ahora, Charles, pero me veo en la necesidad de apelar a tu honor, puesto que mi hermana Katie era tu prometida hasta que Dave Vine llegó a Las Arenas.

—¿Qué... qué quieres decir?

—El doctor Bates fue a verme anoche. Me dijo que Katie le había visitado en su consulta. En fin... Bates descubrió que Katie está embarazada desde hace tres meses. Y no me digas que tú eres el causante de su embarazo: recuerdo muy bien que te encontrabas en Nueva York, por esas fechas. Pero Vine si se encontraba en las Arenas por entonces, y se entrevistaba, a mis espaldas, con Katie.

Carraspeó, observó al apuesto Thompson durante unos segundos, y añadió:

—Ahora, si eres un hombre, deberás obrar como tal... ¿Vendrás con nosotros?

Las mejillas de Thompson se colorearon.

—¡Sí! —gritó con voz ronca.

Entonces McCall dio orden a los hermanos Morgan de que subiesen al chicano en el *jeep*.

Tras lo cual, puso el motor en marcha, y arrancó en dirección al Manantial de Perkins.

El viento, ardiente, comenzó a agitar las arenas del desierto que circundaba el oasis.

CAPÍTULO III

Stanley oía los gritos del *sheriff* McCall. Pero el viejo no tenía ninguna prisa en salir afuera.

No le convenía que los recién llegados escuchasen su respiración sibilante ni tampoco que advirtiesen el sudor que empapaba su camisa y corría, abundante, por su rostro.

Afuera seguían sonando los gritos desaforados del policía.

—¡Daos prisa! Registrad la charca, registradlo todo. Y disparad en cuanto advirtáis el menor movimiento sospechoso... ¡Eh, Stanley, Stanley!

El viejo había recuperado un tanto el resuello cuando McCall penetró, revólver empuñado, en la enramada.

Cegado por el sol de fuera, McCall no le vio en el primer momento. Pero sí vio el televisor, y la secuencia del telefilme que se pasaba por la pantalla, en aquel momento.

—¡Stanley! —volvió a gritar McCall, impaciente.

Pero el volumen estaba puesto al máximo, lo que permitía a Stanley seguir haciéndose el sordo.

Finalmente, el policía avanzó, llegó junto al anciano, le agarró por un brazo, y le puso en pie de un empujón.

—¡Desconecte ese televisor! —ordenó.

Y cuando Stanley hubo obedecido, le arrastró afuera.

El viejo vio a los hombres que aguardaban, temerosos sin moverse del *jeep*, y también a los Morgan, que registraban el bosquecillo de palo-verdes, destrozándolo todo a su paso.

Y sonrió.

Pero su sonrisa se interrumpió al ver a Jim García, tendido en el suelo, exánime, con su jersey azul manchado de sangre.

—No voy a perder el tiempo —dijo McCall, muy expeditivo—.

¿Dónde están los dos hombres que llegaron en ese automóvil?

Stanley tragó saliva. Sobre la candente arena, Jim se removía como un escarabajo, aplastado por la bota de un gigante.

—¿Se refiere a los chicos que llegaron en el «Dodge»? —Trataba de ganar tiempo, a toda costa—. Me pidieron agua y alimentos, y se marcharon. Parecían tener mucha prisa en ganar la frontera.

McCall rechinó los dientes.

—Espero, por su bien, que haya dicho la verdad —le respondió, taladrándole de una mirada—. Si les ha ocultado, si los encontramos en la casa, le aseguro que no acabará usted sus días en este asqueroso lugar.

Le dio la espalda bruscamente. Sin embargo, se volvió de repente y disparó:

—¿Qué hay del cólera? Ese chicano aseguró que hubo muchas muertes en este lugar, por causa de una epidemia.

Stanley vio el cielo abierto. Porque comprendía que Jim había mentido para proteger a los fugitivos.

Súbitamente estalló en una carcajada atronadora.

—¿El cólera? ¿Y qué importa el cólera? Está escrito que todos moriremos algún día de una u otra forma, un poco antes o un poco después. Usted mismo, *sheriff*, puede morir cualquier día a causa de un balazo...

—Cállese, viejo chocho. O mejor aún, responda a mis preguntas. ¿Es cierto lo de la epidemia? —McCall parecía un tanto impresionado.

—Oh, sí, sí... Ha sido horrible. Tuve que enterrar a muchos. A otros, los quemé. No me importa: yo estoy inmunizado contra el cólera. Lo padecí hace muchos años, pero sobreviví a él. Sin embargo, ustedes...

Alzó la mirada, y comprobó que Tompson, Salzman y Cooper habían palidecido intensamente.

Por eso siguió hablando. Atropelladamente, sin cesar:

—Pero vengan, vengan... Detrás de la enramada enterré anoche a las dos últimas víctimas. Gente sin importancia: mexicanos, pobres peones, que venían a buscar unos dólares a cambio de trabajar de sol a sol en las huertas de Las Arenas. Estos dos tuvieron una agonía horrible. Pero tal vez a usted, *sheriff*, no le agrade mucho que siga hablando de todo ello...

McCall escupió al suelo, dominado por la repugnancia.

Sin embargo, siguió al anciano como un autómata.

Detrás de la enramada había dos túmulos de arena y piedra. Dos simples cruces de caña, atadas con una cuerda de nylon a un extremo, sin nombres, sin dato alguno.

—Uno de ellos se clavó un cuchillo en el vientre para acelerar su final... Fue desagradable... ¡muy desagradable! Tuve que hacer de tripas corazón y...

—¡Cállese! —bramó McCall. Y dio media vuelta, y caminó a grandes pasos en dirección a la explanada.

Stanley le siguió tan rápido como pudo, interesado en seguir el curso de los acontecimientos.

Cuando llegó ante la enramada, Eve Morgan le empujó rudamente: acababa de registrar salvaje y expeditivamente la cabaña-vivienda-negocio de Stanley, y las mercancías y provisiones alfombraban el suelo de cemento.

—Nada, no hay nada. Lo hemos registrado todo —dijo Nathan Morgan, con un trémulo de rabia y miedo en la voz.

De detrás llegó la voz alterada de Charles Thompson:

—Ese hombre, Stanley, dijo la verdad. Vine y su amigo huyeron. ¿Por qué seguir aquí, entonces?

En aquel momento, Wesley Cooper se inclinó sobre el lateral del *jeep* y comenzó a vomitar, con unos extraños sonidos muy desagradables.

—¡Otro más! —exclamó el viejo Stanley—. El cólera es así de rápido: se empieza vomitando, luego llegan los escalofríos y los espasmos, y finalmente...

Eve Morgan barbotó una sonora maldición.

Viendo sus rostros demacrados, marcados por el horror, Stanley sintió ganas de estallar en carcajadas.

—¡Es el cólera! —gimió Salzman, que se había separado de Cooper de un brinco.

—¡El cólera! —repitió Thompson como un eco.

—No sean estúpidos —gruñó McCall—. Cooper ha venido bebiendo vino helado durante todo el camino, después de atracarse de tarta en Toxkli. Probablemente, se trata de una simple indigestión.

Tompson suspiró hondo. La entereza de McCall parecía llevar un

soplo de ánimos a todos.

—Ojalá —remachó Stanley, gozoso—. Porque si ese individuo estuviera contaminado... Créame, ninguno de ustedes escaparía con vida... ¡Hay tantas millas hasta Las Arenas o al más próximo lugar habitado!

—¡Muérase, viejo estúpido! —Gruñó el policía, iracundo. Y volvió al *jeep*, seguido por Eve y Nathan Morgan.

—¿Y éste? —preguntó Eve, señalando al caído Jim García.

—Subidlo —ordenó McCall.

—¡No! —chilló Tompson—. Se ha arrastrado por el suelo, y puede estar contaminado. ¡Si fuera así, nos contagiaría a todos!

McCall dudó durante unos segundos.

—Está bien, dejadle. Al fin y al cabo, en el estado en que se encuentra, poca ayuda podría prestarnos —decidió.

Un momento después, el *jeep* se alejaba hacia el sur.

Cuando estuvo a distancia prudencial, Stanley se inclinó sobre Jim, y le arrastró hasta la agradable sombra de la enramada.

Luego, corriendo a saltitos, volvió junto a las tumbas, apartó la arena y las piedras con una pala, y dos cuerpos emergieron a la superficie, completamente cubiertos de tierra.

Eran Dave Vine y Jack Brown, que se agitaron como dos cachorros mojados, y siguieron a Stanley.

—Han huido con el rabo entre las piernas —rió Stanley—. Jim urdió una excelente historia, acerca de una epidemia de cólera, y el miedo hizo el resto... Bien. ¿Qué tal se respira a través de esas cañas?

Vine dejó escapar una carcajada, con la que liberó la tensión que le atosigaba.

—Lo suficientemente bien como para seguir alentando —respondió alegremente. Luego su rostro se tornó severo, y añadió—: Y ahora, ocupémonos de Jim.

CAPÍTULO IV

—¿Es grave? —preguntó Brown, preocupado.

Dave Vine se volvió hacia él, sombrío.

—Jim tiene dos costillas rotas y docenas de hematomas repartidos sobre su piel. Pero lo peor no es eso: se encuentra completamente extenuado. Al parecer, McCall le mantuvo en ayunas desde anoche. Está muy débil. No sé si será capaz de recuperarse. Pero ¿qué esperas, Jack? Ve por mi maletín: está en el «Dodge».

Brown se apresuró a obedecer.

Cuando hubo salido, el viejo Stanley llevó su cigarro a la comisura de los labios y advirtió:

—Deje a Jim de mi cuenta, doctor Vine. Si McCall volviese...

—¿Por qué ha de volver? El nos supone camino de la frontera —respondió Vine, distraído en la inspección de las heridas y magulladuras de Jim García.

—Ese tipo..., McCall, no parece un hombre dispuesto a abandonar su presa. Hará una descubierta por los alrededores, pero volverá. Ni siquiera se preocuparon de abastecerse de agua. Hacia el atardecer, su *jeep* estará convertido en un caldero al rojo vivo y... no existe agua en cincuenta millas a la redonda. Créame, doctor: mi consejo es que se marchen cuanto antes. McCall no cederá hasta cazarles.

Vine reflexionó.

En verdad, el consejo del viejo Stanley parecía de lo más razonable: huir, mientras fuera tiempo.

Porque McCall no se daría por vencido hasta darles caza y... eliminarles.

La cuestión era ésta: McCall sabía que el doctor Dave Vine

ansiaba llegar a cualquier lugar habitado, y contar cuanto había descubierto a la policía.

En el límite de la ciudad de Las Arenas, McCall era el rey: hacía y deshacía a su capricho, controlaba y vigilaba a los ciudadanos, aunque pareciese mentira que tales hechos pudiesen suceder en los años setenta.

Sin embargo, lejos de Las Arenas, McCall no podría sobornar a otros policías, ni amenazar, ni acallar a nadie.

El prestigio y la seguridad de McCall dependían sólo de una cosa: *evitar* que el doctor Vine o su amigo Brown pudieran denunciarle ante las autoridades.

En la mentalidad del policía, sólo cabía una solución: matar, matar, eliminar.

Pero Dave Vine pensaba en Jim. Y también en Katie McCall, que a tales alturas estaría dispuesta a todo, con tal de impedir que su hermano asesinase a Vine y su camarada.

—No puedo abandonar a Jim. El nos ayudó a escapar de la prisión. Por otra parte, el estado de Jim es precario. Se ha deshidratado, se encuentra al límite de su resistencia. Por tanto, no nos iremos hasta saber si va a salvar la vida —decidió.

Stanley movió la cabeza, consternado.

—Ayer estuvieron aquí unos oficiales mexicanos. Se habían extraviado, cuando patrullaban la frontera, y yo mismo tuve que guiarles hasta el puesto fronterizo. Pues bien, McCall llega hasta allá, y hace preguntas acerca de la epidemia del cólera, se enterará de que no es sino una mentira. Y volverá a todo gas hacia acá. ¿Puede usted imaginar lo que haría con nosotros? —preguntó, con un leve temblor de voz.

—¿Tiene miedo? —inquirió, a su vez, Vine.

—Sí —confesó el anciano—. Aquí he vivido en paz durante algunos años. Vine al Manantial de Perkins porque odiaba la ciudad, porque detesto la violencia... Sí —añadió—: tengo miedo a la violencia.

—Comprendo —murmuró Vine, admirado de la sinceridad de Stanley—. Pero ahora debemos ocuparnos de Jim.

Brown volvió con el maletín. Tampoco Jack parecía muy alegre, a juzgar por la expresión sombría de sus facciones juveniles.

Jack era anestesista, y figuraba en la nómina de la modesta

clínica del doctor Vine.

Ante él se ofrecía un magnífico porvenir, con sólo ingresar en alguna moderna clínica de una gran ciudad. Pero Jack había preferido una localidad sin demasiada importancia, como Las Arenas.

Como el mismo doctor Vine, Jack amaba la sencillez y la serenidad de la vida pueblerina.

¿Cómo se había visto involucrado en aquel tremendo dilema? Sencillamente: por amistad hacia Dave.

Ambos compartían el mismo apartamento en la segunda planta de la clínica Vine, la afición a los caballos y a los perros, y la pasión por volar.

Dave poseía una magnífica avioneta *Piper Cub*, y era raro el fin de semana que no la utilizaba para explorar los cañones Blue Tube o los márgenes infinitos del desierto.

El viernes por la tarde...

—¿Recuerdas nuestro descubrimiento del Cañón Esperanza? —le había preguntado Dave—. Quiero volver allá. Juraría que las oquedades en el tajo rocoso corresponden a un antiguo poblado indio. Quiero explorar aquel lugar, Jack. Buscaremos un sitio adecuado para tomar tierra, y escalaremos la cornisa.

A Dave le apasionaba la investigación histórica, sobre todo en cuanto a lo relacionado con los antiguos aborígenes.

Hacia las tres de la tarde, despegaron del pequeño aeródromo de Las Arenas.

Durante casi una hora volaron por encima de los blancos estratos algodonosos. Luego, Dave picó y la *Piper* traspasó las nubes y planeó sobre los Blue Tube.

—¡Allí! —gritó, de repente, Jack.

Un gran helicóptero comercial volaba sobre el grandioso cañón Esperanza, Pero no era aquello lo insólito, sino la docena de paracaídas que flotaban sobre el aire gris-azulado del desfiladero.

—El helicóptero los ha soltado —dijo en voz alta. Y se sentía sumamente intrigado porque la carga de los paracaídas no eran hombres, sino... fardos perfectamente embalados en bolsas de plástico.

—Contrabandistas —murmuró Jack, un tanto impresionado.

Como Dave era un investigador nato, no estaba dispuesto a

olvidar el extraño incidente, sin penetrar a fondo en el misterio.

Inmediatamente, llevó la palanca del gas a fondo, y ascendió hasta que la avioneta desapareció entre las nubes.

—Si se trata de contrabandistas, lo mejor es que no nos vean —susurró Dave.

—En el caso de que no nos hayan descubierto ya —respondió Jack.

La emoción les mantenía tensos, ansiosos.

Unos minutos más tarde, Dave descendía nuevamente. El helicóptero se alejaba ya hacia el sur.

—No veo las manchas blancas de los paracaídas —observó Jack.

Vine descendió aún más, siguiendo la trayectoria del cañón, por cuyas profundidades descendía un arroyuelo.

El arroyo se secaba, normalmente, hacia finales del verano, pero ahora Dave pudo advertir que el cauce aún llevaba un regular caudal de agua.

—¡Los fardos! —exclamó Jack, cuando Dave descendió más, planeando entre los altísimos farallones de pizarras—. ¡Van flotando sobre las aguas!

Vine reflexionó. El arroyo corría unas treinta millas hasta morir en una laguna pantanosa, a unas cinco millas de Las Arenas.

Aquella laguna suponía el recurso de los propietarios de huertas del valle: aquella reserva de agua valía tanto como el oro, puesto que permitía obtener frutas y hortalizas en abundancia.

—Una inteligente maniobra —susurró—. Ese helicóptero debe ser mexicano... Vuela hasta Blue Tube, una zona desértica y poco visitada... Deja caer su carga, sin testigos molestos y... el arroyo transporta los fardos hasta la laguna...

—¿Quieres decir que los que reciben el alijo son ciudadanos de Las Arenas? —quiso saber Jack.

—Ésa es mi idea. Recuerda, Jack... En las últimas semanas, bandas de forasteros motorizados han caído sobre Las Arenas... y hemos de reconocer que nuestra ciudad no es un lugar que ofrezca grandes atractivos para esos gamberros. Vi a una docena de jóvenes peludos en la piscina de Tony Gallardo: uno de ellos se inyectó en una pierna... ¿Qué podía ser? Morfina, heroína o LSD —dijo Vine, pensativo.

—¡Es asombroso! Pero ahora que lo dices... También yo he

observado algo raro en Las Arenas —comentó Jack—. Si lo que pensamos fuera cierto, creo que deberíamos informar al *sheriff* McCall.

—No vayas tan aprisa —le interrumpió Dave—. En primer lugar, vamos a comprobar quiénes reciben los fardos. Describiremos un gran rodeo hasta Las Arenas, por encima de las nubes, y luego volveremos hacia la laguna.

—Es curioso: vinimos a explorar un antiguo poblado indio y... descubrimos un alijo de contrabando. Claro que aún no estamos seguros de que se trate de estupefacientes...

—Veremos. Por ahora, será mejor que tomes los prismáticos y permanezcas con los ojos bien abiertos —la advirtió Dave.

Algunos cirros muy altos habían ocultado el sol. La *Piper*, pintada de gris, se confundía fácilmente sobre el fondo de las nubes.

Dave voló alto, y describió una gran vuelta hasta el sur de la ciudad, tras lo cual puso rumbo al norte y descendió sobre la laguna.

Jack, que oteaba muy atento a través de los prismáticos, dejó escapar una exclamación:

—¡Están ahí, en el delta, junto al refugio de los pescadores! Son tres hombres... Y están... ¡están pescando los fardos con... unas... cañas de pescar! —murmuró, tartajeante.

Dave descendió más allá. Hasta que, prácticamente, las ruedas del tren de aterrizaje de la *Piper* rozaron las aguas verdosas de la laguna.

—¡Los veo..., los reconozco! —gritó Jack, cada vez más excitado—. Son... ¡Dios santo!

—¡¡Dilo!! —gritó también Dave, ansioso.

—Está McCall, Eve Morgan y... ¡y Charles Thompson! ¡¡Espera!! ¡Otros dos hombres salen del refugio de pescadores! Son... ¡No puedo ver bien sus rostros! Sí... Son Wesley Cooper y... ¡el juez John Salzman!

La sorpresa de Vine fue tan grande que, en los primeros instantes, se sintió incapaz de hacer el menor comentario.

Le parecía increíble, le resultaba doloroso, admitir que los hombres más representativos de Las Arenas estuvieran involucrados en un desagradable asunto de contrabando.

Deseó que se tratase de un error... aunque, humana naturaleza,

sintió un íntimo regocijo al considerar que todo un millonario como Charles Tompson, un hombre respetable y poderoso, se hubiera manchado participando en un delito.

Dave estaba enamorado de Katie McCall, hermana del *sheriff*. Tanto como la propia Katie del doctor Vine.

Pero Steve McCall sólo deseaba un marido para Katie: Charles Tompson.

Varios chasquidos metálicos le obligaron a reaccionar.

—¡¡Dave!! —chilló Jack—. ¡Están disparando contra nosotros! ¡Deben... deben habernos reconocido!

Tuvo que girar el timón y picar de ala hacia el borde oriental de la laguna. A pesar de su rapidez de reflejos, algunos balazos debieron alcanzar el timón de dirección, puesto que la avioneta brincó violentamente como un pájaro herido.

Fueron unos minutos llenos de tensión hasta que Vine consiguió enderezar el rumbo, en dirección al campo de aviación de Las Arenas.

Cuando la *Piper* tomó tierra, dando tumbos sobre la pista, Jack se sentía como sobre ascuas.

—¿Y ahora...? —preguntó, tenso.

—Hubiera seguido volando hasta la capital, si no me hubieran destrozado el timón. Pero, en las actuales circunstancias, sólo podemos hacer una cosa: utilizar el «Dodge». Creo que... debemos informar al Departamento de Narcóticos de este Estado —respondió Dave, cuando la avioneta se detuvo junto a los hangares.

Saltaron a tierra, y corrieron hacia la zona de aparcamiento, donde habían dejado el «Dodge» todo-terreno, que solía utilizar el doctor Vine.

Un momento después, rodaban a través de Vergel Street, la calle principal de Las Arenas.

De repente, Dave frenó a fondo. Jack le miró, extrañado.

—¿Qué...? —murmuró.

—No acierto a adivinar qué va a ocurrir, de aquí en adelante. —Dave se enjugó el abundante sudor de su frente con el dorso de la mano—. Pero no quiero marcharme sin ver antes a Katie.

Saltó a tierra, cruzó la acera y penetró en el jardín, que antecedió a la villa de los McCall.

Jack aguardó, nervioso, deseando que su camarada volviese

cuanto antes.

CAPÍTULO V

El frondoso patio estilo español permanecía silencioso.

La penumbra, el aroma de las flores, y la fresca temperatura invitaban a descansar sobre una de las blancas hamacas.

Pero Vine se sentía demasiado impaciente y preocupado para permitirse unos minutos de descanso.

No había nadie a la vista. Ni siquiera Juanita, la jovencita que se ocupaba de mantener en orden la casa de los McCall.

Atravesó el patio, avanzó por la galería encristalada, y cruzó el amplio comedor.

Cerca de allí se oía rumor de agua y una voz femenina que entonaba una cancioncilla mexicana.

A través del cristal esmerilado, Dave contempló la silueta admirable de Katie.

—¿Eres tú, Steve? —preguntó ella, recorriendo unos centímetros el cristal.

Un gritito de espanto se escapó de sus labios cuando los brazos de Vine la tomaron por la cintura.

—¡Dave! ¿Cómo... te has atrevido a venir aquí? Steve... te mataría a golpes si...

Pero Vine la besó en los labios. Y luego se separó aprisa de Katie, temeroso de olvidar que se encontraba en peligro en aquella casa.

—Vístete —pidió—. Tenemos que hablar.

Volvió al comedor. Katie se reunió con él apenas dos minutos más tarde.

Era preciosa, adorable.

Tenía un rostro alargado, fino, de pómulos muy marcados, frente abombada, nariz recta y labios gruesos.

Todo ello enmarcado por una cabellera negra, larga, sedosa y magnífica.

—Tus facciones están crispadas, Dave —observó Katie—. ¿Ha ocurrido algo desagradable?

—Muy desagradable —puntualizó él—. Siento tener que hacerlo, pero voy a denunciar a tu hermano ante el Departamento de Narcóticos de la Oficina Federal.

Katie retrocedió, espantada.

—Luego... lo sabes —murmuró.

—Sí. Steve está asociado a Tompson, Salzman y Cooper en un turbio asunto de contrabando. Cuentan con la ayuda de los Morgan, sin duda... Pero ¿tú lo sabías? —preguntó Vine, asombrado.

Katie estalló en sollozos.

—Sí —confesó, fijos los ojos en el suelo—. Sucedió hace un mes, aproximadamente. Un hombre grueso y calvo vino en un «Cadillac» a visitar a Steve...

Según Katie, el conocido había mantenido una larga conversación con Steve McCall, en una habitación reservada de aquella misma casa.

—Tenía unas cejas muy arqueadas, que le daban aspecto de ave nocturna. Pero aquellas facciones me resultaban familiares, en cierto modo. Mientras Steve y él charlaban, fui a la biblioteca y, repasé apresuradamente las revistas...

Había encontrado un número de *Newsweek* de unos meses atrás. Y en una de sus páginas, la fotografía del visitante de Steve.

—Era Lauro Antonello, de San Francisco. La noticia se refería al hecho de haber sido absuelto por pruebas insuficientes, acusado del delito de tráfico de estupefacientes. Era un *gángster*, según pude leer. Un tipo poderoso, escurridizo, sumamente hábil...

—¿Por qué no me hablaste de ello? —preguntó el doctor Vine, dolido.

—Ya conoces a mi hermano... En una ocasión, me golpeó hasta que perdí el conocimiento. El motivo era nimio: simplemente, curioseé un poco en su despacho. Le tengo miedo, Dave... ¡Steve es tan brutal! A veces... Bien, me cuesta trabajo que sea mi hermano.

Vine se alteró, al ver fluir las lágrimas de aquellos ojos adorables.

—Katie... ¿por qué él ha caído tan bajo, por qué ha llegado

hasta... asociarse a un *gángster*? —preguntó, intrigado.

Katie alzó la cabeza.

—Sé cuál es la explicación exacta, pero nunca me atreví a hablarte de ello, temerosa de tu reacción. Sé que eres un hombre honrado...

—¿Cuál es la explicación? —quiso saber Vine.

—Hace años que se droga. En sus momentos de depresión, consume heroína. Hace más de dos años que empezó... Tú sabes que los estupefacientes son caros. Se entrampó... Pidió dinero a Charles, a Salzman, incluso recibió varios cheques de ese *gángster*, Antonello...

—Y supongo que Antonello le presionó, más tarde, para que organizara el negocio del contrabando...

—Sí. A partir de la primera, visita, ese hombre llega aquí cada semana. En el sótano... Lo comprobé hace unos días. Escondidos en un gran armario metálico, habían varias docenas de paquetes, perfectamente embalados, cada uno con su dirección: Los Angeles, San Diego, San Francisco, Sacramento...

—Luego Steve se dedica a realizar envíos postales, que contienen drogas... —insinuó el médico.

—No los envían por correo. Una furgoneta viene dos veces por semana, y carga los paquetes. ¡Dave, Dave, estoy asustada! —gimió Katie, oculto el rostro entre las crispadas manos.

—Cálmate, por favor. Tiene que existir una solución. Por el momento, creo que lo mejor sería que vinieras conmigo.

—Pero...

—Es la única vía posible para mantenerte alejada del escándalo y de cualquier responsabilidad. Quítate esa bata, y vístete pronto. Vendrás con Jack y conmigo. Hay algo más...

—¿Qué? —preguntó Katie, anhelante.

—Tu hermano y sus socios debieron reconocer mi avioneta, y nos ametrallaron desde tierra. No tardará en estar aquí. Siento tener que decirlo, pero me temo que Steve no dudaría en asesinarnos a Jack y a mí, con tal de evitar que contemos lo que hemos descubierto.

—¡Dios mío! Todo esto... ¡es tan horrible!

—Por favor, no perdamos el tiempo. Ve a vestirte. Te aguardaremos en el coche. No tardes —suplicó.

La besó fugazmente en los labios, y abandonó la casa.

A la misma entrada del jardín, Vine se detuvo, rígido por la sorpresa.

La portezuela derecha del camión estaba abierta. Sobre el asiento, con la cabeza colgando, chorreante de sangre... ¡se encontraba Jack Brown!

—¡¡Jack!! —gritó Dave, espantado.

Y corrió atolondradamente hacia él.

Se inclinó sobre su amigo, ansioso. Y aquel movimiento le salvó: un segundo más tarde, la culata de una carabina se chascaba brutalmente contra el borde del asiento.

Dave se incorporó de un salto. Ante él, con un rictus rabioso en sus descoloridas facciones, Nathan Morgan arrojó su inservible carabina al suelo, y sacó rápidamente su revólver.

—Quieto ahí, doctor. Queda detenido —bramó Morgan.

La cólera, sorda, bulló en el pecho de Vine.

—Déjese de bromas ahora, Nathan —respondió con voz contenida—. Hablaremos después. Ahora debo ocuparme de mi amigo.

Y se inclinó sobre Jack.

Morgan soltó una risotada... El doctor Vine quería ponerle las cosas fáciles. Pues bien, obraría en consecuencia.

Alzó el revólver, dispuesto a machacar el cráneo de Vine, pero Dave giró, veloz, y le incrustó un puño en el estómago.

Morgan barbotó una blasfemia, y cayó de espaldas. Pero no soltó el revólver.

Un estampido sonó a oídos de Vine, y la gruesa bala se hundió con un chasquido en la portezuela, apenas a dos centímetros de su cabeza.

—Lo pagaré —gruñó Nathan, poniéndose en pie con dificultad.

Vine sonrió. El rostro de Morgan estaba pálido como la nieve. Con una mano se acariciaba con mimo el estómago.

—Suba al coche y conduzca hasta la oficina del *sheriff*, doctor —ordenó el policía, ahogando una palabrota—. Yo iré en el estribo. Y piense que dispararé contra usted, si no sigue mis instrucciones al pie de la letra.

—¡Qué remedio! —murmuró Vine, despechado.

Rodeó el automóvil, vigilado por el policía.

En cuanto estuvo acomodado tras el volante, y Jack, examine, recostado en el asiento a su lado, Morgan subió al estribo.

La oficina de McCall estaba muy cerca, en Ballena Street. Ante la puerta, Vine frenó violentamente, deseoso de deshacerse de Morgan, pero sólo consiguió que éste le golpease de refilón en el rostro, con su arma.

—Siga haciéndose el inteligente, doctor —gruñó Morgan, rencoroso—. Y terminará con todos los huesos rotos.

—Supongo que McCall le avisó por radio —insinuó Vine, restañándose la sangre con la manga.

—Arrastre a Brown y entre en la comisaría.

Vine le miró con fijeza.

—Espero que lo haya pensado fríamente, Morgan. Sabe que está quebrantando gravemente la ley. Esto le puede costar su empleo, e incluso la cárcel —advirtió con serenidad.

Pero Morgan lanzó una risotada grosera.

—Es posible. Pero usted no lo verá —se burló—. Y ahora, muévase. Usted no me es simpático, doctor. Demasiado guapo, atlético, elegante y limpio para un pueblerino como yo. No me costará ningún esfuerzo golpearle hasta morir, puede creerlo.

Tuvo que bajar del coche, tomar a Jack en sus brazos y penetrar en la comisaría.

Dos agentes de McCall, que permanecían en el cuerpo de guardia, sonrieron irónicos al verles pasar, tan maltrechos y sucios.

Morgan les obligó a penetrar en una celda.

—Quiero que avisen a mi abogado —exigió Vine—. Sam Guerrit, número veintidós de la calle Washington.

—Seguramente, el señor Guerrit duerme la siesta en estos momentos. ¿No le parece una crueldad despertarle ahora... por un motivo tan nimio? —se burló el policía.

Cerró la reja y desapareció.

Vine se volvió hacia Jack, y se esforzó en reanimarle. El joven tenía una regular brecha en el parietal derecho, pero la herida se había cerrado ya, y la sangre coagulada formaba una pegajosa costra sobre sus cabellos oscuros.

Vine masajeó suavemente sus sienes y diversos puntos del cuello. Al cabo de unos segundos, Jack abrió los ojos.

—Me... sorprendió —explicó con torpeza—. Apareció de pronto

por la ventana, y me golpeó a culatazos. Yo... Lo siento.

—Calla ahora —susurró Dave—. Debemos pensar aprisa. Hay que escapar de aquí, antes de que lleguen McCall y los otros. Ahora sé muchas cosas más acerca de este sucio asunto. Hablé con Katie, ¿sabes? No dudes que McCall no reparará en silenciarnos para asegurarse la impunidad. Tenemos que escapar... ¿Se te ocurre alguna idea, Jack?

Brown agitó la cabeza, desorientado.

¿Cómo escapar de aquella celda de ladrillos y hierro? Imposible.

—No desesperemos... Podíamos... ¡Sí! Escucha, sigue tendido sobre la colchoneta. Llamaré a gritos a Morgan, diré que acabas de morir, armaré un escándalo. Y Morgan entrará en la celda. Es nuestra única oportunidad, ¿comprendes?

—Bien... —Jack sonreía débilmente—. Tú y yo hemos visto muchos cadáveres. Intentaré ser un «muerto» convincente.

—Bien. Cierra los ojos, deja colgar los brazos. Así.

Se aproximó a la reja y gritó a grandes voces:

—¡¡Morgan, Morgan!! ¡Ha ocurrido algo horrible...! ¡Por caridad, venga aprisa...! ¡Jack... está... muerto!

Fuera, se oyó el chirrido de una puerta. Y unos pasos resonaron en el pasillo.

Vine se aprestó a entrar en acción. Pero un gesto de profunda desilusión se reflejó en su rostro bronceado, al reconocer a los que llegaban.

No era sólo Nathan Morgan.

Le acompañaban también McCall, Salzman, Thompson, Cooper y Eve Morgan.

CAPÍTULO VI

Jim abrió los ojos y murmuró un quejido.

Muy cerca, Stanley mordía, muy nervioso, uno de aquellos cigarros suyos.

—Está fuera de peligro —susurró el doctor Vine—. Dele algún alimento líquido, Stanley, un zumo, por ejemplo. Tenemos que abandonar el Manantial antes de que vuelva McCall. Cada vez estoy más seguro de ello... ¡no tardarán en regresar!

Jack penetró en aquel momento en la enramada. Traía una rustica camilla que había construido con gran habilidad, sirviéndose de unas largas y resistentes varas de palo verde.

Jim, el chicano, se repuso pronto. E incluso se permitió sonreír, mientras Stanley aproximaba a sus labios un vaso con zumo de pera.

—Celebro verles... vivos, doctor. ¿Dónde están... ellos? —preguntó.

—Tu cuento surtió efecto, Jim —respondió Vine. Y añadió, agradecido—. Gracias a ti, escapamos de las zarpas de McCall y sus lacayos. Y gracias a tu tremebunda historia, hemos conseguido alejar a esos canallas. Por desgracia, no tardarán en volver, según sospechamos.

—Vaya —murmuró el chicano—, la situación no parece muy cómoda. No podré caminar mucho tiempo, si hay que huir. Será mejor que me dejen aquí.

—No digas tonterías, Jim —le reprendió Vine—. Te llevaremos en la camilla que ha preparado Jack. Por otra parte, no iremos muy lejos. Sólo hasta las colinas. Volveremos de nuevo aquí cuando McCall y los suyos hayan comprobado que hemos huido. ¿Vamos?

—Sí. Por primera vez, el Manantial de Perkins empieza a olerme

a muerto —gruñó Stanley, agorero.

Jim se santiguó aprisa.

Un minuto después, Jack y Dave elevaban la rústica camilla, y salían al exterior, seguidos de Stanley, que portaba un saco con algunas provisiones, el maletín del doctor Vine y una vieja escopeta de perdigones.

Eran las cinco de la tarde, y el sol, inclemente, caía como fuego líquido sobre el desierto.

De cuando en cuando, el viento alzaba una nube de arena, que azotaba los rostros de los tres fugitivos.

La ascensión hacia las colinas fue penosa y lenta. ¡Eran tantas horas de esfuerzo, tensión y miedo...!

Stanley les guió hasta una depresión, protegida por un grupo de gigantescos saguaros^[2].

Jim, en su camilla, fue acomodado a la sombra.

Ahogó un gemido y murmuró entre dientes:

—Ese maldito McCall... Le mataría... sin cobrar un cochino centavo por ello.

Jack y Dave rieren sin poder contenerse, a pesar de lo apurado de la situación.

—Será mejor que descansemos —aconsejó Stanley—. Barrunto que cuando lleguen McCall y sus camaradas, vamos a tener que movemos muy aprisa.

El viejo se dejó caer sobre la arena, y tornó a encender su sempiterno cigarro deshojado.

También Jack se recostó sobre la tierra, y Dave le imitó, tras dirigir una ansiosa ojeada hacia el sur.

Cerró los ojos. Se sentía mortalmente cansado, deseoso de entregarse al sueño.

¿Cuántas horas sin dormir...?

Rememoró el momento en que McCall y los otros aparecieron ante la celda donde Nathan Morgan les había encerrado.

Steve McCall tenía una expresión atormentada. Y los que le acompañaban parecían cualquier cosa menos hermanitas de la caridad.

—Ajá —gruñó, McCall, cuyas pupilas brillaban sospechosamente—. Me temo que vamos a tener que mantener una larga conferencia, doctor Vine.

—Sáquenos de aquí —rugió Dave, en voz alta—. No tiene derecho a mantenernos en esta asquerosa celda.

McCall se volvió hacia sus «socios».

—Dice que no tengo derecho... Gracioso, ¿verdad? —Y soltó una risotada que no tenía nada de alegre. La falsa sonrisa desapareció de su rostro tosco, y fue remplazada por un rictus rencoroso—. Pongamos las cartas sobre la mesa, doctor: uno de mis hombres está escribiendo una declaración.

—¿Una declaración? —repitió Dave, atónito.

—Sí. Y usted la firmará. ¿Quiere conocer el texto? En ese documento, usted declarará que desde que llegó a Las Arenas, y bajo la apariencia de un tratamiento legal, ha iniciado en la afición a las drogas a más de cincuenta personas. Para que no haya dudas, cualquier persona que registrase su apartamento ahora mismo encontraría... algo más de quinientos gramos de heroína refinada, escondida bajo el aspecto de inocentes antiácidos.

—Comprendo su juego, McCall. Pero no voy a firmar nada —respondió Dave, de forma categórica.

El juez Salzman dejó escapar una tosecita característica.

—Vamos, doctor: se trata de un arreglo entre amigos. McCall no piensa hacer uso de ese documento —dijo con una sonrisa entre vergonzosa y amable.

—Cardy va a mecanografiar un documento semejante, que firmará su amigo Jack Brown —añadió McCall, al advertir que Jack se incorporaba con lentitud.

—No se cansen —sonrió el doctor Vine—. No firmaremos nada. Y ándese con cuidado. Yo les recomendaría el avión... Es el medio más rápido y cómodo para huir a Sudamérica. Ahora están a tiempo.

—Nadie va a huir —dijo Charles Thompson, alzando orgullosamente el mentón.

—Bien... Tengo una consulta, mañana, a las nueve... Mis pacientes se alarmarán si no acudo a la clínica, porque... saben que soy un médico puntual. También tengo muchos amigos en esta ciudad... a pesar de usted, Thompson, que ha puesto en juego todas sus influencias por desprestigiarme. Y esos amigos se interesarán por conocer los motivos de mi ausencia, ¿comprenden? Lo mismo ocurrirá con mi anestesista, Jack Brown.

Salzman y Cooper se miraron entre sí, consternados.

—Propongo que nos retiremos durante unos minutos para cambiar impresiones, McCall —dijo, en un susurro, el obeso Cooper.

McCall iba a contestar con su habitual violencia, pero se contuvo.

—De acuerdo... Vigílalos, Eve. Vamos —se avino.

Pocos minutos después, se reunían en el despacho del *sheriff*.

Y Cooper fue el primero en hablar:

—No es tan sencillo como usted pensó, McCall. El doctor Vine tiene razón: En Las Arenas, todo el mundo se interesa demasiado por Vine. Le echarán de menos, indagarán, preguntarán... Ya saben, la gente en Las Arenas se aburre, es curiosa... Creo que nos hemos metido en un buen problema.

—No sea estúpido, Cooper —bramó McCall—. Tanto Vine como Brown perderán el afecto de esa gentuza, en cuanto sepan que son unos indeseables. Y de hacerlos parecer como tales me encargaré yo.

Charles Tompson se puso en pie. El rencor y los celos latían dentro de su corazón, cuando dijo lentamente:

—Aborrezco la violencia, pero estimo que sólo queda un camino: deshacernos de ellos. De los dos. Naturalmente, no de una forma burda y tosca, sino refinada e inteligente.

—Tú eres muy inteligente, querido cuñado —dijo McCall con burla—. Bríndanos tu idea. Estoy seguro de que estás ansioso por explicárnosla.

—No es momento para bromas —gruñó Tompson, adusto—. En cuanto a mi idea, es preferible a tus violentos métodos.

—¿Y bien? —preguntó el juez Salzman.

—Es fácil. El delito cometido por Vine y Brown es de competencia capital. McCall debe conducir a los dos detenidos a la capital del Estado, por tanto. En el trayecto...

—*Kaput* —dijo Cooper, que había leído muchas novelas de Hans Kauffmann.

—Lo ha entendido muy bien, querido Wesley. —Tompson parecía halagado—. Steve: tú tienes a los hermanos Morgan. Ellos usan la violencia por sistema. ¿Es difícil imaginar que Vine y Brown deseen escapar a unos años de prisión? Cualquiera aceptaría como bueno que los fugitivos desearían huir a toda costa... Un policía

tiene el deber de custodiar a sus presos. Lo demás...

—Estoy con Tompson —dijo Cooper, sin pensarlo.

—Es horrible... —murmuró el juez Salzman—. Pero ¡qué remedio!

—La idea no está mal —tuvo qué aceptar McCall—. Cardy está redactando las declaraciones en papel satinado, útil para tomar huellas dactilares. ¡Yo me encargaré de que Vine y Brown las estampen sobre sus declaraciones, conscientes o inconscientes!

—Yo... —empezó a decir Nathan Morgan, que asistía a la conferencia. Pero naturalmente, nadie le prestó mucha atención.

—¿Entonces? —preguntó Charles Tompson, orgulloso de que su idea fuese aceptada de forma tan unánime.

Salzman aún parecía dudar.

McCall percibió su indecisión. Y, queriendo hacer un chiste, dijo:

—Hagámoslo de la forma más democrática posible. Votemos por la idea... ¿Quién está a favor?

—Yo —dijo el propio Tompson, que detestaba la violencia, pero toleraba el crimen, siempre que otro lo ejecutase prácticamente.

—Es casi... legal —dictaminó el abogado Cooper.

—Preferiría la idea que nos brindó Vine. Tengo casi doscientos mil dólares en efectivo, y siempre me ha ilusionado terminar mis días en un país tropical —pronunció, inocentemente, el juez Salzman.

—¡Es usted...! —chilló McCall—. Bien, crea que todos estamos de acuerdo. —McCall miró, por primera vez, a Nathan Morgan—. Supongo que no habrá ningún obstáculo por vuestra parte, Nat. Todo será legal. Se trata de un traslado de presos a la capital del Estado. Una inocente distracción vuestra, las esposas apretadas, un reventón de un neumático... Y luego...

—Sé cómo hacerlo —respondió Nathan, jactancioso. Pero en el fondo se sentía humillado, porque nadie, en verdad, le dedicaba más atención que al verdugo de una ejecución.

Cooper había iniciado ya su marcha fuera del despacho cuando Tompson le detuvo agarrándole tímidamente por un brazo.

—Un momento. Es preciso que Vine y Brown no sospechen nada. Me horroriza imaginar que se resistiesen y... hubiese que emplear la fuerza. Creo que lo más prudente es hacerles creer que vamos a pactar con ellos: su silencio a cambio de su vida.

Hagámosles creer que estamos amedrentados, que nos interesa, sobre todo, que callen. Que solamente les obligamos a firmar esos documentos para sentirnos seguros de que no nos denunciarán.

—Admito que eres un hombre razonable —habló McCall, a regañadientes—. Sí. Mostrémonos amables con Vine..., aunque nada me gustaría más que destrozarle a golpes. Démosle a entender que nos encontramos en dificultades. E insinuemos que un largo y definitivo viaje a otro Estado, por su parte, nos beneficiaría a todos. Sin embargo...

—¡Qué! —exclamaron al unísono Thompson, Salzman y Cooper.

—Lauro Antonello está detrás de nosotros, como una muralla de acero. Si algo fallase... Bien, Charles: tú y yo nos entendimos con él. Sólo tenemos que establecer contacto con Antonello. El posee los más poderosos y definitivos recursos. Si hiciese falta...

—Salgamos de aquí —propuso Salzman, que no había cesado de dirigir miradas desconfiadas y huidizas a todas las ventanas.

—Sí, salgamos —dijo Charles Thompson—. Huele a sudor agrio.

CAPÍTULO VII

Stanley fue el primero en incorporarse.

—¡Eh, amigos! Las cosas empiezan a complicarse —lanzó su grito de alerta.

Dave se alzó, de un respingo. En realidad, no había dormido, pero durante un par de horas se había dejado ganar por aquella especie de modorra-delirio.

Atisbó entre los verdes troncos de los saguaros, en dirección a la llanura sur.

Unas nubecillas blanquecinas señalaban claramente la trayectoria del vehículo que rodaba a unas tres millas del Manantial de Perkins.

—Debieron reparar la camioneta... en lugar de ocuparse de mí —dijo Jim García, que estaba despierto ya.

—Ya. Y ahora estaríamos cómodamente instalados en Xotkli, ¿no es eso? —se burló Dave—. Pero tú estarías bajo medio metro de arena. Seamos sensatos, amigos. Aunque no lo distingo muy bien, es evidente que ese coche es el *jeep* de McCall y sus compinches. ¿Hay alguien que aporte una idea de emergencia?

—Yo —respondió inmediatamente el chicano, con su sutil ironía—. Hagamos como que no los hemos visto, y sigamos durmiendo.

—No es mala idea —suspiró el doctor Vine—. Pero tiene un aspecto desagradable: *podríamos despertar en el infierno*.

—Por mi parte —confesó Stanley, al tiempo que cargaba furiosamente su carabina—, prefiero mantenerme vigilante.

—Callad —pidió Jack, que observaba el *jeep* a través de unos prismáticos—. Tal vez, cuando se cansen de registrar la casa, decidan regresar a Las Arenas, sin molestarse más.

—¿McCall? No le conoce bien, si opina así. Es como una hiena...

persigue a su presa hasta destrozarla a dentelladas, herida, moribunda, hasta el final —murmuró Jim, dominado por el resentimiento.

—Se acercan —susurró Dave—. Callad. Y usted, Stanley, será mejor que apague ese cigarro. Podrían ver el humo u oler el aroma del tabaco. ¡Chisst...!

Callaron.

A un gesto del doctor Vine, Jack le tendió los prismáticos.

—Los veo... —informó Dave—. Dejad que los cuente: están McCall, los Morgan, Tompson, Salzman, Cooper. Pero...

—¿Qué? —inquirió Jack, inmediatamente.

—No sé. He visto una polvareda espesa, dos millas detrás. Yo diría... ¡Sí...! Ahora puedo distinguir algunas motocicletas... Avanzan abiertos en línea. No sé... Son un grupo de quince... Tal vez dieciséis motoristas... Visten... ligeras cazadoras de seda, a colorines, como... esos gamberros que visitan Las Arenas en los últimos tiempos. ¿Cómo les llaman? Ah, sí... Angeles... ¡Angeles del infierno!

Jack le arrebató los prismáticos, incrédulo.

Lo que vio sólo servía para confirmar la información del doctor Vine: diecisiete mozzabettes conducían sus motos en una línea que abarcaba casi cien metros en pos del *jeep* de McCall.

—¿Los persiguen? —preguntó Brown, indeciso.

—¡Ayudadme! —gritó Jim—. ¡Quiero verlos!

Stanley y Dave le izaron hasta el borde de la depresión. Y Jack puso los prismáticos en sus manos.

El chicano oteó el horizonte, muy atento.

—Los conozco. Son Bug Méndez y sus *torpedos*... Unos salvajes que celebran sacrificios en el rancho Jaraquemada, a dos millas de la frontera, consumen drogas y practican mil salvajadas, amparados en la impunidad de estas soledades —explicó, sin dejar de mirar a través de las lentes.

—¿Crees que persiguen a McCall y sus camaradas? —quiso saber el doctor Vine.

Jim tardó en responder.

—No. Usted mismo puede comprobar que mantienen la distancia con el *jeep* de ese canalla —dijo el chicano—. No quiero asustarles, pero... imagino que McCall ha contratado a Bug y sus

torpedos con un solo objetivo: darnos caza.

Stanley pronunció un sonoro juramento.

Jack se dejó caer a tierra, abatido, y Jim se aplastó sobre la arena, temeroso de que el reflejo de las lentes pudiera orientar a McCall y los gamberros de Bug Méndez.

Dave siguió, sin pestañear, el avance del *jeep* de McCall hasta que el vehículo se detuvo junto a la charca.

Estaba anocheciendo, pero aún restaba suficiente luz diurna como para que los torpedos de Méndez tamizaran y registraran pulgada a pulgada, el bosquecillo de paloverdes, el derruido establo y la casa.

Y todo ello, sin molestarse en descender de sus potentes y rápidas motocicletas, dotadas de neumáticos todo-terreno.

«Contra McCall y sus compinches, apenas teníamos una posibilidad contra ciento de escapar. Ahora, con Bug y sus gamberros, no queda ya ninguna...», pensó Vine.

Pero no dijo nada, porque no deseaba, por nada del mundo, desalentar a sus camaradas.

Abajo, Dave vio bajar a McCall, seguido de los hermanos Morgan, en medio de la polvareda que elevaban las motocicletas de los torpedos.

—¿Ninguno de ustedes sabe por qué llaman torpedos a los muchachos de Bug Méndez? —preguntó Jim García, mitad en serio, mitad en broma—. Yo se lo explicaré: les llaman así porque cuando llegan a cualquier lugar... ¡bum!, ¡lo destruyen todo!

Stanley volvió a maldecir entre dientes.

La noche caía rápidamente. Y ello llevaba una pizca de esperanza al ánimo de Dave Vine.

—Tal vez consigamos escapar, en las tinieblas —dijo en voz alta—. Creo que debemos prepararnos para emprender la fuga hacia el Norte.

Nadie dijo nada. En realidad, sus compañeros estaban absolutamente desanimados, impresionados, quizá, por el horrísimo estrépito que, desde abajo, llegaba a sus oídos, procedente de los escapes de las motos.

De repente, cuando ya las sombras comenzaban a apoderarse del desierto, todo ruido cesó.

Dave volvió su mirada hacia el manantial, y aprestó todos sus

sentidos.

Vio que los faros del *jeep* enfilaban hacia las colinas, y se previno.

Luego, resonó el vozarrón de Steve:

—¡Eh, Bug! ¡No hay nada que hacer aquí! Está claro que han huido hacia el Norte, a pie... ¡Di a tus chicos que avancen hacia arriba, y que no dejen por registrar ni las cuevas de esos monstruos del Gila! ¡Quiero agarrarlos!

Alguien contestó con un alarido estrangulado.

Súbitamente, diecisiete faros de otras tantas motocicletas se encendieron, y sus chorros luminosos apuntaron hacia las colinas.

Stanley y Jack se aplastaron contra el suelo, como si con ello consiguieran la impunidad.

Resonó el zumbido trepidante de los motores, y luego los gamberros de Bug Méndez salieron disparados cuesta arriba, conduciendo sus máquinas con una habilidad casi demoníaca.

—¡Dame la botella del alcohol! —bramó Vine. Y se dirigía a Jack.

Brown tardó cuatro o cinco segundos en reaccionar, tan desalentado se sentía.

Finalmente, obedeció como un autómatas, cuando ya Vine desgarraba su propia camisa y sacaba un regular jirón de tela.

Stanley, Jim y Brown le observaron, atónitos. Dave destapó la botella del alcohol etílico, introdujo el jirón de tela por el gollete, empapó el extremo de la improvisada mecha, y volvió a colocar el tapón.

—Tu mechero —pidió a Jack. Y Brown se lo puso en las manos, tan nervioso que Dave tuvo que recogerlo del suelo.

Sin embargo, todavía quedaba tiempo.

Cuando Dave volvió a mirar hacia abajo, las motocicletas ascendían, veloces, justamente... en dirección al lugar donde ellos se encontraban.

Sólo él mismo sabía cuánto tuvo que dominar sus nervios para permitir que los torpedos de Méndez siguiesen ascendiendo hasta encontrarse a mitad de la pendiente.

Luego, con toda la serenidad de que fue capaz, encendió el mechero de Jack, lo aproximó al jirón de tela empapado en alcohol y, echando el brazo atrás, le dio impulso, y lo arrojó lejos.

Sonó un apagado ¡flaag! Y, de repente, toda la ladera se incendió.

La vegetación no era espesa, pero los ralos matojos estaban tan resecos como deben estar las praderas del infierno.

En breves segundos, toda la ladera de la colina ardía como un brasero.

Se oyeron algunos alaridos de dolor, mezclados con blasfemias y con el zumbido de los motores, cuyas ruedas giraban locamente en el aire.

—¿Qué esperáis? —gritó Dave—. ¡Huyamos!

Jack y él mismo tomaron la camilla de Jim, y abandonaron la hondonada. Atrás quedó, por unos momentos, el viejo Stanley, que incluso se permitió el desahogo de disparar un par de tiros con su vieja escopeta, sin molestarse en apuntar.

—Ahora se lo pensarán, antes de seguirnos —se carcajeaba cuando les alcanzó al otro lado de la colina.

Dave sintió ganas de dejar escapar una carcajada. Pero era un lujo que no podía permitirse: la dura tarea de llevar a Jim sobre la camilla apenas le permitía conservar el aliento.

Dos o tres veces hicieron un alto para recuperar la respiración y mirar a sus espaldas.

Por encima de la colina destellaban rojos resplandores. Pero no pudieron percibir ninguna luz de faros ni otra señal que les previniese.

Tal vez sería medianoche, cuando decidieron concederse un descanso más prolongado.

Dave y Jack cayeron al suelo, derrengados. Poco después, llegó el viejo Stanley, que parecía haber recobrado todo su valor.

—¡Si los tuviera a tiro...! —repetía entre dientes. Pero sus labios temblaban de forma muy sospechosa.

—Os alcanzarán, por mi causa —repetía Jim, que se sentía impotente, con el dorso vendado, débil y exhausto.

—¿Quieres callar? —le amonestó el doctor Vine—. No nos han atrapado. Y mientras sigamos así...

Calló. En verdad, no tenía muchas ganas de hablar, y sí de poner distancia entre ellos y sus perseguidores.

El descanso apenas duró diez minutos. Porque, a lo lejos, dos dedos luminosos taladraban el oscuro firmamento.

A Dave le dolían los músculos, los huesos, la sangre... Pero tuvo que tomar de nuevo en sus manos la camilla de Jim García, al igual que Jack.

No siguieron avanzando mucho. Jim les obligó a frenar de repente.

—¡Deteneos! Oigo algo... Esperad. Así.

—¿Qué...? —preguntó Dave.

—Motores. Motores poderosos. Se acercan por el norte —susurró el chicano, que había nacido en el desierto y poseía un oído privilegiado.

Permanecieron en silencio durante unos segundos, que se hicieron interminables.

Finalmente, hacia el norte, brillaron unas luces destellantes.

—Los prismáticos —exigió Vine a Stanley, que transportaba toda la impedimenta.

No pudo ver mucho..., pero sí lo suficiente para empezar a experimentar el espanto en lo más íntimo.

—Parece... parece un equipo de dinamiteros. Hay... cuatro camiones pesados, cargados con dinamita y esos extraños aparatos lanzaexplosivos... ¿Qué opinas tú, Jim? —preguntó.

El chicano dejó escapar una carcajada.

—¿Los camiones están pintados de verde? —inquirió a su vez.

—No los veo muy bien, pero los de atrás iluminan lateralmente al que marcha en cabeza... Espera. ¡Sí, están pintados de verde! —respondió.

Jim escupió en la arena.

—Entonces, estamos perdidos. Esos camiones pertenecen al equipo de prospección de aguas de Cooparena. Es decir, McCall los ha alertado por radio y vienen por nosotros —respondió el chicano, perdida toda esperanza.

—¡Al diablo! —bramó Vine, rabioso—. No estaremos perdidos mientras podamos alentar... Sigamos adelante.

Corrieron torpemente a través del árido pedregal.

Los camiones de Cooparena estaban todavía demasiado lejos para poder verles, pero los faros de los automóviles les permitían orientarse.

—Hacia allá —dijo Dave—. Hay una hondonada. Nos protegeremos allí. Y si es necesario, pondremos en práctica la

estratagema del Manantial de Perkins..., ¡nos enterraremos bajo la arena!

CAPÍTULO VIII

Al fin, el *jeep* se detuvo junto a las barreras del puesto fronterizo de Hoyo Caliente.

Eve Morgan, que hablaba español, bajó del vehículo y se entrevistó con uno de los vigilantes mexicanos.

Al otro lado de la frontera, los yanquis contemplaron al grupo de chiquillos que eran vacunados por unos sanitarios mexicanos.

Más allá, bajo unos robles, una rústica fuente dejaba escapar un grueso chorro de cristalina agua.

—Tengo sed —gorgoteó Cooper, cuyas tripas parecían desatadas en un infierno de retortijones—. Pediré a uno de esos morenos que me traiga una cantimplora.

McCall le vio acercarse a las barreras, llamar a gritos a uno de los chiquillos y ofrecerle la cantimplora y un billete de dólar.

El abogado volvió poco después con la cantimplora llena. Bebió ansiosamente, hasta que el agua fluyó de sus labios y manchó su camisa, ya empapada en grasiento sudor.

—Deme un poco, Wesley. Estoy sediento —suplicó Salzman. Y tomó la cantimplora con ademanes temblorosos e inseguros.

Todos fueron bebiendo, uno tras otro, y Nathan Morgan hubo de volver a la barrera para que el chiquillo mexicano le llenase nuevamente la vasija.

McCall empezó a impacientarse. Veía a Eve, gesticulando mucho con el vigilante, hablando en aquel idioma cantarín e incomprensible.

Al fin, Morgan entregó un par de paquetes de cigarrillos americanos al oficial, y volvió al *jeep*.

—¿Qué...? —preguntó McCall, ansioso—. ¿Pasaron la frontera, se encuentran en territorio mexicano?

Eve pronunció una blasfemia en español:

—Ni hablar. Ese hombre está seguro de que ningún yanqui ha cruzado, en una longitud de cinco millas. Pero hay algo más...

—¡Habla!

—El chicano nos tomó el pelo lindamente. Según el oficial, no se ha registrado un solo caso de cólera en México, en todo lo que va de año. Y, mucho menos epidemia en el Manantial de Perkins. Ese hombre estuvo en el manantial hace pocos días. Se rió de mí, cuando le hablé del cólera.

Una rabia sorda, intensa, impidió a McCall hablar en los primeros segundos.

Luego, dejó caer su enorme puño con fuerza sobre el volante, y rugió:

—¡Ese maldito Vine y el cochino chicano...! Se arrepentirán... ¡Y ahora, volvamos rápidamente, antes de que puedan escapar!

Eve tuvo que subir de un salto, poco antes de que McCall torciese el volante y emprendiese la marcha nuevamente hacia el norte, dejando una enorme polvareda tras sí.

Tan descompuesto se sentía el policía, que apenas atendía a conducir correctamente el vehículo.

El *jeep* saltaba violentamente sobre los accidentes del terreno, y sus ocupantes botaban materialmente sobre sus asientos y chocaban brutalmente entre sí.

—¡Ese condenado viejo, Stanley! —Gruñía McCall, rencoroso—. Voy a retorcerle el pescuezo, en cuanto le tenga a mi alcance.

—Si sigues conduciendo así, Steve, dudo mucho que llegues a alcanzarle jamás. ¡Has estado a punto de hacer volcar el *jeep*! —gritó Tompson.

Steve respondió con una obscenidad intraducible.

La ira le dominaba. Por desgracia, media hora después frenaba con violencia: se había extraviado.

Entre las colinas, en mitad de una hondonada, se erguía una construcción de madera.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó McCall.

—El rancho de Jaraquemada. Sirve de cobijo a Bug Méndez y sus torpedos. Ya sabe, esa banda de gamberros que suele visitar, de cuando en cuando, nuestra ciudad —respondió Eve.

McCall reflexionó.

Bug Méndez y sus gamberros conocían perfectamente aquella zona desértica.

Tal vez consiguiese su ayuda, a cambio del ofrecimiento de unos centenares de dólares y unas dosis de heroína.

Arrancó de repente. Tompson, perdido el equilibrio, cayó sobre Wesley Cooper, el cual volvió a vomitar enseguida.

Pero no fue solamente eso. Poco después, también el juez Salzman vomitaba, tan pálido como la misma muerte.

—Así que sólo era una broma... —murmuró Tompson, aterrado—. Pero Cooper y el juez presentan todos los síntomas de haber contraído el cólera...

McCall se disponía a responder, cuando se oyó un estampido.

Frenó a fondo, desconcertado.

De repente, se oyó aquel zumbido horrísimo, y las motos de los gamberros surgieron del rancho Jaraquemada, como una nube de avispas venenosas.

—¡Quieto! —ordenó McCall a Nathan Morgan, que se disponía a utilizar su carabina—. Es mejor esperar.

Al frente de los torpedos iba Bug Méndez, un tipo gigantesco, de cabellos largos y negros, que ondeaban al viento como una bandera pirata.

Méndez hizo derrapar su máquina de forma espectacular, y se detuvo junto al *jeep*.

Tras lo cual, lanzó una carcajada, al tiempo que sus compinches les rodeaban en una barahúnda de polvo, humos y acelerones de motores.

—¡Caray, pero si es el mismito Steve McCall, el honrado policía que nos surte de nieve en Las Arenas! ¡El mismo hombre que nos encierra en una celda, cuando se le antoja! —Sé burló Méndez.

—Celebro verte, Bug —saludó McCall, forzando una sonrisa amable—. Quiero proponerte un pequeño negocio.

—¿De qué se trata? —gritó Bug, y su vozarrón se alzó por encima de los infernales zumbidos de las motos.

—Mil dólares para ti y una dosis de nieve gratis para cada uno de tus muchachos. A cambio de que me ayudéis a encontrar a dos tipos. Son el doctor Vine y su ayudante, Jack Brown.

Bug, alzó una mano con un gesto perentorio, y los motores enmudecieron.

—Una proposición interesante —chilló Bug—. Pero lo que me ofrece, querido McCall, es una miseria. Aceptaremos su dosis de nieve, pero..., quiero dos mil dólares por el trabajo.

McCall se mordió los labios.

En su interior, estaba prometiéndose dar un buen escarmiento a Bug, en cuanto le pusiera la mano encima en Las Arenas.

Sin embargo, le interesaba transigir, por ahora. Y aceptó.

—De acuerdo. Quiero que tamicéis el desierto, de aquí a Xotkli —dijo—. Probablemente, Vine y Brown, se dirigen hacia el norte, desde el Manantial de Perkins.

—Los dos mil —exigió Bug, cínico.

McCall no tenía aquella cifra, pero los dos mil dólares fueron reunidos en pocos minutos, mediante aportaciones de los «socios».

El propio Bug, rodando como un diablo sobre su máquina, guió a McCall en dirección al Manantial de Perkins.

Por desgracia, Tompson empezó a vomitar por el camino. Y el propio McCall sintió que sus vísceras se alteraban, no mucho después.

Tuvieron que hacer un alto. Salzman respiraba muy mal, y Cooper yacía como un saco de patatas, apoyado en el metálico asiento.

Incluso Nathan Morgan presentaba un tinte oliváceo en sus facciones, y parecía sentirse muy mal.

El único que presentaba un aspecto normal era Eve. Y advirtiéndolo así, McCall dijo:

—Es extraño. Todos nosotros tenemos el aspecto de unos moribundos. Pero tú, Eve, pareces tan fresco como una rosa. ¿Por qué...?

—El... fue el único que no bebió agua de la fuente de Hoyo Caliente —observó Tompson.

Eve dejó escapar una maldición.

—Pero..., ¿es que han bebido de ese agua? —preguntó.

—Sí. Cooper llenó la cantimplora, y Nathan tuvo que llenarla otra vez. Pero ¿qué diablos significa ese asombro tuyo, Eve? —clamó McCall, impaciente.

—Creí que habían leído el rótulo que había en la fuente. Decía: «PRECAUCION, AGUA CONTAMINADA». Y a los chicos estaban vacunándolos contra el tifus —respondió Eve.

McCall pronunció una horrible blasfemia.

—¡Maldita sea tu estampa, Eve! —bramó—. ¿Por qué no nos advertiste?

De un zarpazo le agarró por la camisa, y le obligó a saltar materialmente sobre el abatido juez Salzman.

—Yo... Bien, creí que habían leído el aviso —balbuceó Eve, asustado.

—Pero el rótulo estaba escrito en español, imbécil... ¡Y sólo tú dominas esa lengua! —gritó el policía.

Fuera de sí, golpeó a Eve a bofetones hasta que la sangre manó, abundante, de los labios de Morgan.

De nada valía ya, sin embargo.

—Es inútil —se lamentó Tompson—. Todos hemos contraído el tifus... Lo mejor es que te comuniques por radio con Las Arenas, y solicites ayuda. El viejo doctor Bates podría ayudarnos.

—Bates es un inútil —gimió Salzman—. Bebe demasiado, y apenas tiene clientela. Es preciso reconocer que el que mejor podría ayudarnos sería el doctor Vine...

Pero McCall no le escuchaba ya.

Estaba manipulando en la radio y, poco después, obtenía enlace con la comisaría de Las Arenas.

—¿Cardy? Habla el *sheriff* McCall. Nos dirigimos al Manantial de Perkins. Es preciso que envíes a buscar al doctor Bates. Infórmele que, probablemente, todos hemos contraído el tifus. Envía a Quayle con Bates, y asegúrate de que el médico se provee de los medicamentos adecuados. Cambio.

—Aquí Las Arenas. Habla Cardy. Esto... Bien, Steve, ¿para qué andar con rodeos? El doctor Bates sufrió un colapso hace poco más de dos horas. Una ambulancia le ha trasladado, en estado agónico, a la capital... No disponemos de otro médico. ¿Qué puedo hacer?

—Muérete —rugió McCall, despechado.

Y cortó, rabioso, la comunicación.

Sus «socios» habían escuchado, y esperaban, silenciosos, dominados por el más intenso pesimismo.

—¿Y ahora...? —gimió Tompson que tenía tanto de apuesto como de cobarde.

—Ahora —barbotó McCall, al tiempo que metía la primera—. Vamos a cazar al doctor Vine.

Arrancó.

Al atardecer alcanzaron el Manantial de Perkins, siempre escoltados por los torpedos de Bug Méndez.

McCall sudaba copiosamente, y se sentía tan débil como un niño.

En cuanto a los demás... Todos, a excepción de Eve, permanecían amodorrados, en un mutismo desesperado.

La fiebre los consumía ya. ¿Por qué no renunciar a la caza, y volver a Las Arenas, donde, de una u otra forma, podrían obtener cuidados médicos?

McCall rechinó los dientes.

«No renunciaría a cazar a Vine, por nada del mundo», pensó.

Saltó al suelo, y las piernas se le doblaron. Aun así, lanzó un alarido, y ordenó a Bug y sus torpedos que registrasen de nuevo el manantial.

Pensó en Dave Vine, el hombre que podría ahorrarles tanto sufrimientos, mediante su ciencia médica.

Arriba, en lo alto de la colina, también Dave Vine pensaba en McCall.

Y no para bendecirle.

CAPÍTULO IX

La noche anterior...

Dentro de la celda, Dave y Jack se pusieron en pie, al ver aparecer a McCall y sus socios.

Salzman sonreía, untuoso. Y también Cooper, e incluso Thompson.

Pero aquellas sonrisas no consiguieron engañar a Vine.

—Bien —empezó McCall—. Hemos decidido no perjudicarles, doctor Vine. Pero comprenda que nos encontramos en una situación delicada... No pretendemos hacerles el menor daño, pero debemos obtener esas declaraciones, firmadas, para sentirnos seguros.

Vine dejó escapar una carcajada.

—Comprendo el juego —contestó—. Cuando tenga nuestras declaraciones firmadas, podrá asesinarlos impunemente, aduciendo que intentamos una fuga a la desesperada, por ejemplo.

—Es usted muy suspicaz, doctor Vine —pronunció Thompson, que había perdido la forzada sonrisa—. ¿No comprende que si hubiéramos decidido asesinarles, tanto nos daría tener esas declaraciones como si no?

—No les daría lo mismo —apuntó rápidamente Dave—. La diferencia está en que, con esas confesiones, ustedes estarían justificados, ante cualquier investigación oficial. Así pues, no firmaremos.

McCall perdió la paciencia enseguida.

—Váyase al diablo, Vine. En realidad... tanto me da que firmen como que no. Entra ahí, Eve. Y tú mantente atento, Nat —ordenó a sus agentes.

Abrió la puerta de la celda.

Vine, que no esperaba su ataque, retrocedió bruscamente, al

recibir el feroz puñetazo en pleno rostro.

Tampoco Jack pudo escapar. Antes de que hubiera podido protegerse, McCall le derribó de un rodillazo en el rostro.

—He aquí la eficacia de mis «violentos métodos» —se burló el policía, señalando a los dos caídos—. Nat, dile a Cardy que traigan los documentos. Sólo tendremos que imprimir sus huellas dactilares sobre las declaraciones y Cardy se encargará de falsificar sus firmas. Para él será cosa fácil.

Cuando la sucia maniobra estuvo realizada, McCall cerró la celda. En aquel momento. Vine dejó escapar un gemido, y se removió en el suelo.

—Visto para sentencia —se burló McCall, cruelmente, mostrando los documentos.

Vine agitó la cabeza, en un intento desesperado por alejar las brumas de su cerebro.

—No se confíe, Steve. Tenemos muchos amigos..., como Jim García, el cerrajero, por ejemplo. Investigará, al comprobar que faltamos a la partida de billar que teníamos concertada con él, en el club de Tony Gallardo. Créame, McCall, no se ha salido con la suya aún —dijo observando su reacción.

Pero el policía dejó escapar una carcajada irónica.

—Le agradezco la advertencia, doctor —respondió—. La verdad es que no había pensado en Jim. Son buenos amigos, ¿eh? Nat, Eve, salid y buscad al chicano. Quiero que le detengáis ahora mismo. Metedle en la misma celda del doctor y su amigo. De esa forma espantarán el aburrimiento.

Poco después el pasillo quedaba desierto.

Pero Vine no parecía arrepentido de haber mencionado a Jim, sino todo lo contrario.

—Estúpido McCall —murmuró en voz baja—. Tiene la cabeza demasiado dura para comprender que ha caído en la trampa. Si traen a Jim, tal vez tengamos una posibilidad de escapar.

Jack despertó con un gemido estrangulado.

—Hum... —murmuró, acariciándose con cuidado la mandíbula—. ¿Crees que valdrá la pena todo esto, Dave?

—Ya veremos. He conseguido que McCall se sienta inquieto... Le hablé de Jim García. Y seguramente, lo traerán aquí dentro de unos minutos. Piensa, Jack... ¿qué es lo que Jim suele llevar siempre

consigo?

Jack se rascó la pelambrera manchada de sangre.

—Déjame pensar... Ah, sí: el juego de ganzúas, oculto en el cinturón, por si alguien necesita en cualquier momento sus servicios —respondió el anestesista.

—Justamente. Esperemos ahora —aconsejó Dave.

Transcurrieron quince minutos.

Dave desesperaba ya de que los policías de McCall pudieran encontrar al chicano, cuando se oyeron unos gritos en el pasillo.

Poco después, los Morgan empujaban a golpe limpio a Jim, hasta la celda.

Jim protestaba y protestaba, invocando a la justicia de los cielos y de la tierra, pero calló como un muerto, en cuanto le introdujeron en la celda, y vio al doctor Vine y a Jack Brown.

—Aldous Smith dejó aquí una buena colección de pulgas —se burló Eve—. Le aconsejo una excelente distracción, doctor: apuesten a ver cuál de ustedes recibe el primer picotazo.

Que había pulgas lo habían comprobado hacía tiempo, ya tanto el doctor como Jack. Pero ninguno de los dos se molestó en contestar a la tonta broma de Eve Morgan.

Al fin, los dos policías se alejaron por el pasillo.

Antes de que Jim hiciese la primera pregunta, fue Dave el que inquirió:

—¿Tienes el juego de ganzúas?

—Sí, pero no comprendo...

—No voy a explicarte por qué estamos aquí, Jim. Creo que es mejor que ignores ciertas cosas, por la cuenta que te tiene. Pero confieso que he sido yo quien ha provocado tu presencia aquí. ¿Quieres sacar la ganzúa y abrir esa puerta? He visto otra puerta al fondo: creo que debe comunicar con las traseras del edificio. Huiremos por allí.

—Pero...

—No perdamos tiempo —le cortó Vine—. ¿Quieres liberarnos?

Jim asintió, sin pensarlo.

—Usted es mi amigo, doctor. Lo haré. Y les acompañaré —afirmó.

—No. Estarías en peligro de muerte, si huyeses con nosotros —denegó el médico—. Cuando nos hayas abierto, te ataremos sobre el

camastro, con unas tiras de tejido de la propia colchoneta. Así estarás a salvo de responsabilidades. Vamos, Jim. Es urgente.

El chicano era un excelente cerrajero. Con sus finas ganzúas, manejadas por sus dedos expertos, la puerta de la celda estuvo abierta en pocos segundos.

Fuera ya, los tres hombres avanzaron hacia la derecha, y llegaron hasta la puerta metálica que conducía a la callejuela posterior a la comisaría.

Abierto aquel acceso, Dave volvió junto a Jim, le acompañó a la celda y le ató con unos jirones de tela.

—Suerte, Jim —dijo luego—. Nos veremos pronto.

—Eso —respondió el chicano, absolutamente desconcertado. Y aguardó en silencio, mientras el doctor desaparecía al otro lado del pasillo.

* * *

Al anoecer, Katie McCall volvió en sí.

Gimió de dolor cuando su rostro lacerado rozó la almohada. A pesar de ello, trató de incorporarse... antes de comprender que Steve la había atado con unas cuerdas, sobre el lecho dorado.

La escena mantenida aquella tarde con Steve había sido borrascosa por demás.

Steve la había acusado de informar a Vine del negocio que McCall llevaba adelante, con la colaboración de sus «socios» y el apoyo económico de Lauro Antonello.

Y después, cuando ella confesó que había hablado con el doctor, Steve la golpeó salvajemente hasta que Katie perdió el sentido.

Pero ella no prestaba mucha atención a su rostro deformado por los golpes, ni a sus ropas desgarradas.

Pensaba en Dave Vine. Y en el peligro de muerte que le amenazaba.

Por eso volvió a retorcerse hasta que sus menudos y blancos dientes hicieron presa en el duro cáñamo.

Fue una tarea llena de dificultades. Cuando, al fin, las fibras de la cuerda estuvieron rotas y deshilachadas, las encías de Katie sangraban.

Luego, con la mano derecha libre, fue relativamente fácil liberar

la otra.

No sabía qué decisión tomar, pero de una cosa era consciente: debía salvar a Dave, fuera como fuese.

Steve lo había asegurado, terminantemente:

—Lo mataré, no renunciaría a ello por nada del mundo. ¡Te juro que jamás volverás a ver al doctor Vine! Cuando vuelva... Bien, tú y yo vamos a mantener una larga conversación.

A Katie no le asustaban demasiado las amenazas de Steve respecto a su persona. Pero sabía que Steve no dejaría escapar con vida al hombre al que amaba por encima de todas las cosas.

¿Qué hacer?

Podía tomar el gran «Rambler» de Steve, siempre a punto en el garaje, y conducir hasta la capital. A partir de allí, sólo restaba un paso: denunciar cuanto sabía ante el Departamento de Narcóticos, como había intentado el propio Dave.

Pero Katie tenía miedo. Un temor irrefrenable, casi animal, hacia Steve.

Se decidió pronto: no iría a la capital, sino que intentaría liberar, por sus propios medios, a Dave y a Jack.

Nunca se sintió más desvalida e indefensa que entonces... ¿Qué podía una pobre mujer, contra hombres endurecidos y dominados por el odio?

Cambió su atuendo por un jersey y unos pantalones tejanos. Ya se disponía a descender al garaje, cuando recordó que Steve guardaba una pistola en la mesilla de su dormitorio.

Fue hasta allá, y tomó el arma, con movimientos inseguros. Miró la pistola, tiró del cargador: las balas estaban allí, relucientes, brillantes, guardando en su vaina el aliento de la muerte.

Se la guardó en el vientre, bajo el cinturón de sus *blue jeans*. Y atravesó la biblioteca.

Ni siquiera dirigió una ojeada al precioso calendario de alabastro que Steve había traído de México.

La fecha que marcaba el magnífico aparato electrónico era veintiuno de agosto, sábado.

Y cada sábado, Lauro Antonello llegaba a Las Arenas, acompañado de tres de sus pistoleros.

Katie bajó, presurosa, hacia el garaje. Debía haber comprobado que era sábado...

CAPÍTULO X

En medio de las tinieblas, Jack Brown tropezó y dejó escapar un alarido de dolor.

La camilla se le fue de las manos y se volcó, con lo cual Jim besó con sus costillas el suelo pedregoso.

—¡Jack! —exclamó Vine—. ¿Estás bien?

En los primeros momentos, Brown no respondió sino con unos gemidos entrecortados, que alarmaron aún más al médico.

Luego...

—¡Dios mío! Creo... creo que me he fracturado una pierna, Dave —sollozó.

Stanley pronunció entre dientes una seca maldición.

Acababa de tropezar con los pies de Jim, y cayó bruscamente sobre las esquirlas de roca, con lo cual sus maldiciones fueron en aumento.

En cuanto a Vine, había conseguido encender el mechero de Jack, y examinaba, nervioso, la pierna izquierda del anestesista.

—No cabe duda: está fracturada —exclamó—. ¡Condenada complicación, ahora que estábamos a punto de ocultarnos...!

—Lo... lo siento —respondió Jack, transido de dolor, mordiéndose los labios para no gritar—. No os detengáis por mí... ¡Escapad!

—Bien, ¿por qué no? —Gruñó Stanley, que había conseguido ponerse en pie y recogía ya su impedimenta.

—¡Váyase al diablo, Stanley! —chilló Dave, perdida la compostura—. Si nos alcanzan los de Cooparena, nos cazarán a todos. Y ahora, por todos los diablos, suelte eso y ayúdeme a llevar a Jack hasta esa depresión.

Los faros de los camiones iluminaron débilmente sus siluetas. El

ronquido potente de los motores llegaba ya nítidamente a sus oídos.

Jack dejó escapar un alarido cuando Stanley y el doctor le dejaron sobre el suelo.

—Tendrás que aguantar, Jack. Espera, iremos a recoger a Jim. En esta quebrada podremos pasar desapercibidos..., si hay suerte —dijo Dave.

Stanley rezongó algo entre dientes.

—¿Qué? —preguntó Vine.

—¡Bonito panorama! —Gruñó el viejo—. Solos en el desierto, con dos heridos y una vieja escopeta que sólo es capaz de hacer ruido...

—¡Cállese! —bramó Dave, perdidos los nervios.

Arrastraron a Jim. Marchaban encorvados, agazapados, tratando, por todos los medios, de evitar que los hombres del equipo de dinamiteros pudieran verlos.

En la quebrada, aplastados sobre el todavía ardiente suelo, aguardaron, con el corazón en la boca.

Jack apenas podía contener los sollozos. Sufría horriblemente, era cierto. Dave había palpado su pierna rota y comprobado que la hinchazón, alrededor de la fractura, iba en aumento.

Con aquel tremendo calor y la hinchazón, el riesgo de gangrena era excesivo.

Dave alzó la cabeza por encima del corte rocoso de la hendidura. Y suspiró hondo, al comprobar que los cuatro camiones de Cooparena les rebasaban en algunos metros, y parecían dirigirse al sur.

—No nos han visto —susurró—. Por ahora, estamos a salvo.

No bien acababa de pronunciar aquellas palabras, un horrísono estampido estalló a su espalda.

Stanley lanzó un grito, y cayó rodando hasta el fondo de la quebrada.

—Pero..., ¿qué diablos? —murmuró Dave, demudado.

—¡La... la escopeta! —gimió el viejo—. La busqué... en la oscuridad por... si era necesaria. Debí... debí pulsar el gatillo y...

Una maldición escapó de entre los labios del médico.

—¡Maldita casualidad!... ¿Es que no van a terminarse nunca las desgracias?

La torpeza del viejo le sacaba de quicio. Pero de nada valía

perder la serenidad.

Por desgracia, Stanley tenía razón: su escopeta producía más ruido que un cañón.

Los conductores de los camiones debieron escuchar el disparo, porque un segundo después se detenían y cambiaban de dirección.

—Bien... Esos tipos vienen hacia acá —susurró Vine, haciendo un esfuerzo por evitar que sus labios temblaran—. Creo que sólo existe una solución.

—¿Cuál? —preguntaron, al unísono, Jim García y Stanley.

—Deme la escopeta y un puñado de cartuchos —rugió Dave, con acento salvaje.

—¡Espere! —gritó Jim—. ¿Es que está loco? Esos tipos...

Pero Vine agarró la carabina y metió en su bolsillo el puñado de cartuchos que el viejo le tendía, en la oscuridad.

Antes de que pudieran retenerle, el médico corría ya fuera del refugio.

Su objetivo sólo era uno: distraer la atención de los camioneros, lejos del refugio donde se encontraban sus amigos.

Y en verdad, aquélla era la única solución..., aunque supusiera la muerte cierta para el doctor Vine.

Jim gateó desesperadamente hasta el borde de la quebrada, y atisbo, nervioso, fuera.

Vine corría como un loco hacia la zona más elevada, y disparaba de cuando en cuando su carabina en dirección ~a los camiones, que se aproximaban, veloces, traqueteando sobre el quebrado terreno.

«Ha conseguido lo que quería... —pensó Jim—. Pero le matarán».

No lo pensó mucho.

Cuando la primera explosión de dinamita estalló apenas a cincuenta metros de Vine, y los fragmentos silbantes de roca volaron en todas direcciones, Jim se arrojó fuera de la hendidura.

No tenía una idea muy segura, entonces, de lo que iba a hacer. Pero una cosa era cierta: tenía que echar una mano a Vine.

Los camiones avanzaban en dirección oblicua al lugar de donde provenía Jim.

Los dedos luminosos de los faros iluminaban los escarpados riscos, pero Jim pudo avanzar con seguridad en la semipenumbra.

Aplastado como un lagarto sobre los cardos espinosos, observó a

los camiones.

El primero era un potente

«G. M. C.

», dotado de un gran taladro neumático. Le seguía un camión-grúa, un auto-algibe y un cuarto camión cargado con bidones.

«Bidones llenos de gasolina», pensó Jim. Y no se equivocaba.

Ahora ya tenía la idea. Lo difícil sería ponerla en práctica.

Desde donde se encontraba, veía claramente al hombre que marchaba en el estribo del primer camión.

Aquel individuo tenía a su disposición un faro pirata, es decir, un faro móvil, orientable, con el que seguía la marcha suicida del doctor Vine a través de los riscos y los matorrales.

Pero había algo más: aquel hombre tenía un mazo de cartuchos de dinamita en la mano, y un cigarro entre los labios, con el que prender la mecha de los explosivos.

En una palabra: trataba de convertir a Vine en pedacitos.

—No, si yo puedo impedirlo —murmuró Jim, con los dientes apretados. Y se arrastró, veloz, semiagachado.

Una explosión restalló a su espalda. Se volvió y todavía tuvo tiempo de advertir el resplandor anaranjado y oír el silbido de las rocas volando por los aires.

Jim se detuvo, arrojándose de bruces sobre unos cardos. No le importó que la sangre brotara abundante de sus brazos y de su rostro.

El cuarto camión se acercaba despacio. Jim aguardó hasta que el haz luminoso de los faros le rebasó.

Y en el momento justo, se puso en pie trabajosamente, y corrió como un loco hasta alcanzar los laterales metálicos del camión.

Sollozaba.

Después de la segunda explosión, no había vuelto a ver la silueta del doctor Vine.

El sentía una amistad sincera, trascendente y entera hacia Dave Vine. Porque reconocía en él al hombre cordial, noble y entregado. Y también al profesor honrado, amigo de todos, entregado a su profesión, por encima de mezquindades y de intereses económicos.

—Si le han matado... —murmuró, ebrio de ira.

Sus dedos se hirieron al agarrar el metal. Pero consiguió izarse hasta arriba y cabalgar sobre los bidones.

El aroma inconfundible de la gasolina impregnó su olfato.

—Lo pagarán —gimió, decidido a todo.

Palpó en la penumbra y aflojó la tuerca-tapón de uno de los bidones. Inmediatamente, el carburante fluyó, abundante, a sus pies.

Destapó otro bidón. Y otro, y otro...

Luego, saltó sobre el lateral, y se dejó caer al suelo.

El golpe fue tan brutal que, durante casi un minuto, Jim fue incapaz de reaccionar.

Sin embargo, consiguió elevarse, al cabo. La arena estaba impregnada de gasolina, y el rastro de carburante llegaba hasta el camión.

Buscó en sus bolsillos, y sacó la caja de fósforos.

Rascó uno y lo aproximó a la arena empapada en gasolina.

Fue un espectáculo tenso, dramático, pero incomparable.

Brotó una llamarada, y el fuego prendió rápidamente en el rastro que iba dejando atrás el camión.

Luego surgió la deflagración... ¡El camión entero se convirtió en una gigantesca llamarada, y la explosión ascendió a lo alto, como una colosal palmera ígnea!

Inmediatamente, los tres camiones que marchaban en cabeza se detuvieron.

Jim quiso huir, pero las llamas le cercaban.

¡Y sus ropas estaban empapadas en gasolina!...

Retrocedió, demudado, se arrojó a tierra, y se revolcó sobre la arena, tratando de evitar que el fuego prendiese en él.

—¡Dios mío!... —murmuró—. ¡Voy a morir... carbonizado!

A su espalda, zumbó un motor y unos faros iluminaron su cuerpo.

Jim se puso en pie y trató de huir. Pero un golpe en la cabeza le derribó.

Volvió en sí cuando ya el sol comenzaba a despuntar hacia el Este.

Vio las gruesas ruedas de los camiones y a los hombres que habían encendido una hoguera y hacían café y freían unas lonchas de bacon.

El aroma de la comida le despejó.

Pero entre los camiones había un *jeep*. Era el coche de McCall.

Jim giró el cuello, y vio a Dave Vine.

Estaba en el suelo, con las ropas quemadas y ennegrecidas. Y parecía muerto.

CAPÍTULO XI

McCall se sentía muy mal.

Sus intestinos se revolvían, ardorosos, en su vientre, y su frente ardía.

Sólo la rabia y el rencor le mantenían en pie.

Salzman yacía en el suelo como una sanguijuela, Cooper parecía agonizante, Tompson deliraba en el *jeep* y Nathan Morgan vomitaba sin cesar, a unos metros de distancia.

Las cosas iban mal, muy mal.

Galler, Bauer y Falcon, los tres conductores de los camiones de Cooparena, habían resultado ilesos, tras la explosión del coche que transportaba la gasolina.

Pero no era posible volver a Las Arenas: los tanques de los camiones estaban vacíos, tras la espectacular y dificultosa persecución de los fugitivos.

No había sido fácil cazar a Vine. El médico había conseguido destrozar los neumáticos de dos de los camiones y después había huido entre los riscos, sin dejar de disparar de cuando en cuando su carabina, con temible puntería.

Bauer tenía un brazo convertido en una carnicería, como consecuencia del perdigonazo de Vine, por ejemplo.

Finalmente, el médico había caído, rendido por la fatiga. Eve Morgan le había golpeado a culatazos hasta darle por muerto.

Pero estaba vivo, por milagroso que ello pudiese parecer.

En aquel momento, McCall conseguía comunicación por radio con Las Arenas.

Pero las noticias de Cardy no eran todo lo buenas que sería de desear:

—No me atrevo a moverme de aquí, Steve. Anoche llegó una

comisión del Senado. Ya sabes, esos tipos de Washington que tratan de meter sus narices en la cuestión de los trabajadores mexicanos que penetran de forma ilegal en nuestro país. Un paso en falso y...

McCall se mordió los labios, impaciente.

—¿Y Antonello? —preguntó, al fin, bajando la voz como si con ello pudiese impedir que alguien escuchase la conversación a través de las ondas.

—Está furioso. Sus hombres trataron de cargar la furgoneta, pero...

McCall lo sabía de sobra: fue el propio Antonello el que se empeñó en colocar una puerta blindada en el sótano, donde se almacenaban los estupefacientes.

Era risible: ahora ni el propio Antonello podría abrir aquella puerta, sin la colaboración de McCall.

—Estamos muy enfermos, Cardy —dijo McCall, con voz desmayada—. Hemos contraído el tifus... ¿No se te ocurre ninguna idea para ayudarnos?

—Ninguna —respondió Cardy—. La verdad es que empiezo a asustarme. Los del Senado harán preguntas, lo fiscalizarán todo. Y luego, con la presencia aquí de Antonello...

McCall cortó la comunicación, rabioso.

Comenzaba a sentir el deseo creciente de tomar una dosis de heroína. Pero no era posible: lo había entregado todo al ladino Bug Méndez y a sus «torpedos», los cuales se habían despedido, en cuanto el doctor Vine y sus camaradas estuvieron en poder de McCall.

—¡Despiértale! —chilló Thompson, volviendo de su modorra.

—¿A quién? —preguntó McCall.

—¿A quién diablos puede ser? —gritó Thompson, que había perdido va sus correctos modales—. ¡A Vine! ¡El puede ayudarnos!

—Está bien —respondió McCall, que yacía en el suelo, con la espalda recostada en el *jeep*—. Ve, Eve. Despierta al doctor Vine. Como sea.

—¿Cómo van a despertarle? —gritó Jim, incorporándose sobre el brazo izquierdo—. ¡Está muerto! ¡Ustedes lo han matado, asesinos! Pero morirán también, todos morirán como chinches...

De paso, Eve le derribó de una patada en pleno rostro. Jim gimíó sordamente, y perdió el conocimiento.

Poco después, Dave Vine volvía en sí. A bofetadas.

No pudo impedir que un alarido de dolor se escapase de su garganta. Tenía la espalda quemada y los antebrazos y piernas en carne viva, destrozados por los riscos y los matorrales de las colmas.

Sin hacerle mucho caso, Eve y el camionero Falcon le arrastraron hasta el *jeep*.

—Voy a hablarle con claridad, Vine —murmuró McCall, con voz estropajosa—. Salzman, Cooper, Tompson, Nat Morgan y yo hemos contraído el tifus. Nos encontramos muy mal, como puede advertir. Así pues, tendrá que ocuparse de nosotros. Aunque me cueste reconocerlo, usted es un buen médico. ¡Puede curarnos!...

—Desde luego —admitió Dave.

—¿Qué espera, entonces, para curarnos? —chilló el policía, perdido el ánimo.

—Les atenderé. Pero pongo dos condiciones.

—¡Dígalas ya!

—Me ocuparé primero de mi amigo Jack Brown. Tiene una pierna rota —dijo Vine.

—Dese prisa, entonces. ¿Cuál es su segundo capricho?...

—Quiero que sus hombres traigan aquí todas las armas —exigió el médico.

El rostro brutal de McCall se frunció en un rictus de ira.

—¡Y un cuerno! —bramó—. Tendrá que atendernos, por las buenas o por las malas.

—En ese caso, les dejaré morir. El tifus es peligroso. Si no se trata a tiempo...

—¡Dale lo que pide, Steve! ¡Por caridad!... Me siento cada vez peor...

Pero McCall no estaba dispuesto a transigir. ¿Para qué quería las armas el doctor Vine, si no para dominar la situación?

¡No! El tifus podía ser peligroso, pero más peligroso era dejar que Vine hiciera las cosas a su manera.

—Ya veremos —rugió, rencoroso—. Eve, ocúpate de él.

Morgan se acercó lentamente.

Gozaba golpeando, hiriendo, maltratando a los demás. Pero al doctor Vine le trataría de forma muy especial...

Ya alzaba la carabina para quebrantar a golpes la espalda de Dave, cuando el viejo Stanley lanzó a sus pies el pesado maletín

profesional del doctor Vine.

Eve tropezó y cayó junto a Dave. Y éste le agarró rápidamente por el cuello y hundió sus dedos en los ojos de Morgan, que lanzó un alarido bestial, al sentir heridos sus globos oculares.

McCall gruñó una salvajada y quiso sacar su revólver para disparar contra Vine.

Ya tenía el arma en la mano cuando Thompson, desde arriba, se la arrebató de un manotazo.

—¡Maldito seas, Charles! —gritó el policía, rabioso—. ¿Cómo te has atrevido?

Tompson rió sin ganas.

—Verás, querido cuñado: entre morir de tifus ahora o ir a la cárcel más tarde, prefiero salvar el pellejo ahora. Y sólo podía conseguirlo impidiendo que matases a Vine —explicó.

—¡Vete al diablo! —respondió el policía, despechado.

El revólver había caído sobre la arena, a unos metros. Eve se debatía, cegado, en el suelo, y los camioneros contemplaban la escena, indecisos.

Entonces Dave saltó sobre el arma y la apresó entre sus dedos.

—Muy bien —sonrió con ánimo—. Las cosas han cambiado. Vamos, Stanley, ayúdeme. Debo poner en su sitio los huesos de Jack.

La pierna de Brown estaba monstruosamente hinchada, pero un baño en agua Caliente rebajó la inflamación.

Jack chilló de dolor cuando Vine encajó sus huesos. Pero aguantó valientemente la operación, y no se quejó cuando el médico entablilló su pierna.

Mientras actuaba, Dave pensaba sin concederse un segundo de descanso. ¿Cuál era el plan más adecuado para resolver aquella situación?

—Escúcheme con atención, Stanley... ¿Qué cantidad de gasolina dejó en el Manantial de Perkins? —preguntó en un susurro.

—¿Gasolina? Hay un bidón con casi doscientos litros —respondió el anciano, en el mismo tono de voz.

—Muy bien. Tome el *jeep* de McCall y traiga el bidón —propuso el médico.

—Pero... yo solo no podré cargar el bidón. Es demasiado para mí —protestó Stanley.

Dave sacó el revólver de McCall, que había guardado bajo el cinturón, y se aproximó al *jeep*.

De un tirón, arrebató la carabina de los dedos del inconsciente Nathan Morgan, y ordenó:

—Bajen de ahí. Necesito el coche.

McCall abrió los ojos. Sus facciones estaban demacradas y de cuando en cuando se estremecía en violentos escalofríos.

—¿Qué se propone? —balbució.

—Es cosa mía. Apártese de ahí, McCall. Le juro que no vacilaré en disparar contra usted, si no obedece —amenazó Dave, con severidad.

McCall tuvo que arrastrarse despacio, lejos del vehículo. También Salzman, Cooper y Thompson descendieron del coche, torpemente.

A Nat Morgan, Stanley le obligó a bajar de un tirón que dio con su cuerpo en tierra.

En el suelo, McCall aferró a Vine por una pierna.

—Escuche, Dave: necesito un poco de morfina. Le daré lo que me pida a cambio. Sólo una inyección —suplicó, ansioso.

—No —denegó el médico—. Jack Brown ha soportado dolores inmensos cuando le ajusté sus huesos rotos. Aguántese, McCall.

El policía le maldijo con soeces palabras, pronunciadas estropajosamente. Pero Dave no cedió a sus amenazas ni a sus súplicas.

—¡Eve! —gritó.

Morgan le miró, rencoroso, a través de sus ojos enrojecidos.

—Suba al *jeep* con Stanley. Si intenta algo contra él, mataré a su hermano —ordenó Vine.

—¿Adónde vamos? —preguntó Eve.

—Stanley se lo dirá, de camino.

El viejo subió al *jeep*, y puso el motor en marcha. Y Eve, encañonado por el doctor Vine, hubo de obedecer.

Poco después, el vehículo desaparecía en el horizonte, dirección sur.

Sin soltar el revólver, Dave arrastró a Jim junto a un camión, y consiguió que uno de los camioneros le llevara un poco de café.

Injectar a los contagiados del tifus y obligarles a tragar un purgante le llevó poco más de media hora.

Cuando se ocupaba de Thompson, el millonario se le quedó mirando fijamente.

—Voy a ser sincero, quizá por primera vez en mi vida —dijo.

—Muy bien. ¿De qué se trata? —preguntó el médico.

—¿Es cierto que... Katie está embarazada desde hace tres meses? —inquirió, con voz ronca.

Vine desmontó la aguja hipodérmica y le miró, dominado por la sorpresa.

—¿Embarazada? —exclamó—. ¿Quién le contó esa historia?

—Steve. Aseguró que ella estaba embarazada, y que sólo usted era el responsable...

Dave no tenía ganas de reír, pero no pudo evitar la sonrisa.

—Es mentira. Yo amo a Katie, y jamás se me ocurriría hacerla protagonista de un escándalo —afirmó.

—Ahora empiezo a comprender —murmuró Thompson, rígidas las facciones—. Con su mentira, McCall sólo pretendía excitar mis celos y manejarme a su antojo.

—Supongo que siempre lo ha hecho, Thompson. ¿Cómo un hombre acaudalado como usted pudo aceptar un negocio... tan sucio? —preguntó Dave, curioso.

Charles dejó escapar una carcajada sarcástica.

—¿Acaudalado? Lo cierto es que he perdido millones de dólares en Las Vegas. Cuando regresé... Bien, no fui capaz de aceptar la realidad. No podía afrontar la pobreza, ¿comprende? En Las Vegas conocí a Lauro Antonello. Le oí hablar del fabuloso negocio de los estupefacientes... Antonello necesitaba la amistad de un hombre prestigioso como yo para sentirse a cubierto de sospechas, tras su proceso. Me hizo una proposición y... claudiqué. El resto ya lo sabe. Es lamentable. Usted parece un hombre culto, razonable... ¿Por qué no trata de enderezar su vida? —dijo Dave, con voz suave.

Una sonrisa amarga se insinuó en las correctas facciones de Charles Thompson.

—Me temo que sea demasiado tarde ya para enderezar nada —respondió.

CAPÍTULO XII

Lauro Antonello se sentía preso como un león en su jaula, dentro de aquella *suite* del hotel Sur.

Y tenía motivos para ello. En primer lugar estaba la fastidiosa circunstancia que le había impedido cargar la furgoneta.

No valía la pena lamentarse por ello, puesto que de él mismo había sido la idea de colocar la puerta blindada en el sótano de la residencia de los McCall.

Por si eran pocos motivos para provocar su malhumor, la noche anterior había llegado a Las Arenas aquella intempestiva comisión del Senado.

Era una situación peligrosa, Antonello era consciente de ello. Si los sabuesos de Washington llegaran a verle... Bueno, sospecharían inmediatamente, y el resultado no sería muy agradable.

A las diez de la mañana, Antonello volvió a telefonear a la oficina de McCall.

—¿Cardy? Ya sabe quién soy... ¿Hay noticias de McCall? —preguntó.

—Ninguna —respondió el policía, muy inquieto—. Y, por favor, no vuelva a telefonear. ¿No comprende que puede ponemos en peligro a todos?

—Váyase al diablo —gruñó el gángster. Y colgó.

Pidió a Garren, uno de sus guardaespaldas, que le llenase medio vaso de ginebra y añadió, por sí mismo, un par de dedos de agua tónica.

Hacia las once su paciencia había llegado al límite.

—Llama a Calham —ordenó a Garren—. Dile que debe enviar un helicóptero, urgentemente, al aeródromo de Las Arenas. Y vosotros, Pat Joe... Tened el coche dispuesto. Bajad las maletas.

Las dos enormes maletas de piel de cerdo suponían siempre el recurso de emergencia en la vida de Lauro Antonello.

Contenían dos metralletas de grueso calibre y dos docenas de bombas de mano, muy potentes.

Garren cumplió la orden enseguida.

Y la respuesta no tardó en llegar:

—Todo está arreglado. Calham ha dado ya la orden de despegue al helicóptero. Probablemente, estará aquí dentro de un par de horas; es decir, hacia el mediodía. ¿Puedo saber qué se propone exactamente, jefe?

—Puedes —respondió Antonello, aplastando el cigarrillo recién encendido sobre un cenicero—. Vamos a buscar a McCall. Ya conoces la frase: «Si la montaña no va a Mahoma...».

Garren lanzó una risotada. Y volvió a llenar de ginebra el vaso del grueso Antonello.

* * *

Stanley volvió conduciendo el *jeep* cuando ya el sol caía como una losa sobre la calcinada zona donde se habían detenido los camiones de Cooparena.

El viejo sonreía de oreja a oreja cuando frenó junto a Dave, que había permanecido vigilante, sin permitir a los camioneros un solo movimiento.

No tardó en descubrir Dave la causa de aquella amplia sonrisa de Stanley: Eve Morgan yacía sobre el piso del *jeep*, despatarrado y con una regular brecha sangrante en la cabeza.

—¿Qué ocurrió? —preguntó, atónito.

—¡El muy... canalla! Intentó volcar el *jeep* cuando ascendíamos hacia las colinas... Y a punto estuvo de conseguirlo. Por fortuna había una llave inglesa bajo el asiento y la utilicé bien... ¡No volverá a intentarlo este podrido caimán! —explicó, con su característica voz cascada.

—Bien... Hay que repostar uno de esos camiones. Subiremos a Jack, a Jim y a los demás. Yo iré detrás. Usted conducirá el camión. ¿Cree que se encuentra en condiciones de hacerlo, Stanley?

El viejo dirigió una mirada triunfal al cuerpo inmóvil de Eve Morgan, y aseguró:

—¡Puedo jurarlo, doctor! Jamás me encontré en mejor forma.

Hacia las once, el camión estaba dispuesto para emprender la marcha en dirección a Las Arenas.

McCall y sus socios, vencidos por la fiebre, no parecían representar ningún peligro inmediato.

Desde atrás, Dave dio la orden de partir al viejo Stanley, y el camión se puso en movimiento.

A pleno sol, sobre la plataforma del camión-grúa, la temperatura era infernal, a medida que el astro rey ascendía sobre el firmamento.

Jack deliraba, amodorrado, pero Jim García parecía un tanto recuperado, a pesar de que sus cabellos estaban manchados de sangre reseca.

«En fin —pensó Vine, aliviado—. Parece que la situación empieza a hacerse más clara...».

Se sentía impaciente por llegar a Las Arenas y entrevistarse con Katie. Porque, en verdad, comenzaba a albergar una dolorosa sospecha en su interior.

Conocía a Katie suficientemente como para saber que ella no hubiera permanecido cruzada de brazos, sabiendo que él se encontraba en peligro.

¿Cómo, entonces, se había mantenido apartada Katie?

Hacia la una y media, Vine creyó percibir un zumbido ajeno a los ruidos propios del motor del camión en que viajaban.

Agarrado al soporte central de la grúa, se levantó y avizó en el firmamento.

—Es un helicóptero —murmuró Jim, sin elevar la mirada.

Dave tuvo que hacer pantalla con su mano derecha para distinguir el bultito oscuro que volaba allá en lo alto.

También los del helicóptero debieron verles, porque inmediatamente el aparato perdió altura y se cernió sobre ellos.

Dave se preguntó si debería esperar algo positivo de los ocupantes del helicóptero.

¿Amigos..., enemigos?

Por desgracia, el camión-grúa no estaba equipado con radio, lo que le impedía comunicarse con el aparato.

Agitó los brazos, en un intento desesperado por llamar la atención de sus ocupantes.

Y sonrió, satisfecho, al comprobar que el helicóptero describía una curva sobre el confín del desierto y volvía, muy bajo, hacia ellos.

McCall lanzó una interjección entre dientes.

—¿Reconoce ese aparato? —preguntó Vine, tenso.

Pero el *sheriff* dejó escapar una ruidosa carcajada.

—Sí, por desgracia para usted, Vine. Katie le habló de Lauro Antonello, ¿no es cierto? —rió McCall—. Es él. Y no dude de que Antonello nos echará una mano.

¡Antonello!

El jefe de la organización venía en ayuda de sus «empleados».

Vine tomó la carabina, metió dos cartuchos en la recámara y se aprestó a lo que fuera.

Luego, antes de que el helicóptero se aproximara, golpeó con fuerza el techo de la cabina del camión y gritó:

—¡Atención, Stanley! ¡Hay un helicóptero ahí arriba! ¡Permanezca atento, por lo que pueda suceder!

—¿Quéeee? —chilló el anciano.

Ya iba a repetir el aviso Vine, cuando el helicóptero se les echó encima.

Sonó, estruendosa, la ráfaga de ametralladora, y todos se agacharon en el camión, aterrados.

Pero aquellos disparos sólo suponían un aviso: la andanada pasó por encima del camión, y los impactos de bala alzaron una hilera de surtidores de arena a una veintena de metros de distancia.

—¿Qué? —gritó Vine, mirando a McCall con ira—. ¿Sigue pensando ahora que Antonello ha venido a ayudarles, Steve?

El policía pronunció una seca maldición.

—No han disparado contra nosotros, no lo han hecho... a matar, por ahora. Antonello... sólo trata de advertirle, doctor Vine. Lo mejor es que ordene a ese viejo chalado que detenga el camión. Caso contrario...

—No nos detendremos —rugió Vine, rabioso—. Si Antonello dispara contra nosotros... Bien, también ustedes morirán, McCall.

—¡Está... está loco, Vine! Aún no es tarde para negociar. Antonello es hombre razonable. Se avendría a un acuerdo...

—No se canse, Steve —gritó Dave, por encima del zumbido del motor del camión—. Sé quién es Antonello: un gángster sin

entrañas. Además..., también sé quién es usted. No nos dejaría marchar... con vida. Ya veremos.

Un remolino de arena anunció la presencia inmediata del helicóptero, que volvía ya sobre el camión.

Vine alzó la carabina, y apretó los dos gatillos.

Sabía que los perdigones apenas serían una caricia, sobre las planchas del aparato, pero la ira y la tensión le impedían mantenerse en actitud pasiva.

De lo alto arrojaron algo. Vine siguió el pequeño bulto con los ojos, pero no pudo establecer de qué se trataba.

De repente, brotó la explosión a unos cinco metros de distancia.

El camión se bamboleó a punto de volcar, y la metralla zumbó, rabiosa, en todas direcciones.

Luego, el aparato pasó zumbando sobre sus cabezas. Y Vine comprobó, gozoso, que ninguno de los ocupantes del camión había sufrido el menor rasguño, gracias a los fuertes laterales metálicos del camión.

—Ahí tiene a su amigo Antonello —gritó Vine, irónico, dirigiéndose al policía—. ¿Tiene alguna duda aún? Me temo que Antonello ha decidido exterminarnos a todos, sin discriminación. Desde su punto de vista, sería razonable eliminar a todos sus socios, vistas las circunstancias. Así no tendría que repartir los beneficios con nadie...

McCall no respondió. Pero era evidente que se sentía abatido y furioso.

Pero Vine tuvo que desentenderse de él. Se agachó cerca de Jim, y preguntó:

—¿Crees que podrías mantenerte en pie, y vigilar a McCall y los otros?

—Claro que sí —respondió, animoso, el chicano.

—Yo te ayudaré. Afírmate aquí. Así. Toma la pistola, y no dudes en disparar, si alguno de estos individuos se mueve un milímetro —aconsejó el doctor.

—Bien. Pero..., ¿qué se propone usted, Dave? —preguntó Jim, muy alarmado.

—Voy a saltar a la cabina. Tengo una idea —respondió Vine.

Y saltó por encima del lateral, y se deslizó ágilmente hasta el estribo izquierdo.

Tras el volante, Stanley conducía el camión, aterrado. Sus mandíbulas chocaban entre sí con tanta furia que el castañeteo de sus dientes se elevaba por encima del fragor producido por el camión en su marcha.

—¡Déjeme! —gritó Vine, a voz en cuello—. ¡Yo conduciré!

Stanley obedeció, lanzando un suspiro de alivio.

Cuando Vine tuvo el volante entre sus manos, dirigió una anhelante mirada hacia el Norte, lugar por donde había desaparecido el helicóptero, tras las elevaciones pobladas de altísimos saguaros.

El helicóptero no estaba a la vista. ¿Se le habían terminado las municiones? ¿Tal vez algún avión militar patrullaba sobre aquella zona y Antonello se había visto obligado a emprender la retirada?

Lo deseó con ansia, porque temía por sus amigos y... por él mismo.

Pero, súbitamente, volvió a oírse el zumbido del helicóptero, y su silueta brotó como escupida por la colina más próxima.

«Se disponen a darnos el golpe de gracia», pensó.

Podían ametrallarles a placer. O dejar caer sobre ellos un puñado de aquellas bombas de mano.

Rabioso, Vine se dispuso a utilizar el volante para tratar de evitar el fuego de Antonello.

Entonces, en aquel preciso instante, recordó que el vehículo que conducía era un camión dotado de una potente grúa de gran longitud.

Sonrió salvajemente, y bajó los ojos al piso para encontrar la palanca que elevaba la grúa.

El helicóptero se acercaba despacio, apenas a diez metros sobre el nivel del desierto.

Dave apretó las mandíbulas.

Contra lo que pensaba hacer en principio, mantuvo fijo el volante, sin describir ningún zigzag.

Fueron unos segundos de tremenda tensión, durante los cuales Vine procuró, por todos los medios, mantener el camión en la misma dirección que, hacia ellos, seguía el helicóptero.

Su idea era elemental: elevar el brazo de la grúa en el momento justo en que el helicóptero, volando tan bajo, pasase sobre, ellos.

¿Qué sucedería...?

Irremisiblemente, el aparato sería derribado, y sus ocupantes...

Por supuesto, Vine no podía adivinar que en el helicóptero viajaba la persona a la que más amaba en este mundo: Katie McCall.

CAPÍTULO XIII

Joe había tenido una delicadeza con su jefe: había llevado al aeródromo de Las Arenas una nevera portátil llena de hielo, varias botellas de agua tónica y una botella de ginebra «Booth».

A las trece quince del mediodía, un helicóptero «Sikorsky», capaz de transportar a seis personas a mil kilómetros de distancia, se posaba sobre las pistas de tierra del campo de aviación.

El «Cadillac» de Antonello avanzó sobre la pista y llegó junto al helicóptero.

Pat abrió, diligente, la portezuela, y Antonello comenzó a toser desafortadamente cuando el polvo rojizo penetró en sus bronquios.

Ascendió al aparato, mientras sus tres pistoleros llevaban a bordo las dos voluminosas maletas y la nevera.

—Sube —ordenó Antonello al piloto, Johnson, cuando los cuatro hombres estuvieron a bordo.

Garren, obsequioso, sirvió un *gin-tonic* en cuanto el aparato ascendió y estabilizó su vuelo en dirección al sur.

Antonello dio las instrucciones a Johnson: debía seguir la dirección sur, unas quince millas al norte de la frontera, hasta encontrar al *sheriff* McCall.

Durante diez minutos, ninguno de los cuatro pasajeros pronunció palabra.

Garren, que observaba el anchísimo rostro de su jefe, y había advertido unas rápidas contracciones faciales, se atrevió a preguntar al cabo:

—¿Puedo saber lo que piensa, jefe? Yo diría que... acaba de tomar alguna decisión trascendental.

Antonello, que gustaba de las respuestas concisas, murmuró:

—Puedes. ¿Qué quieres saber?

—McCall se ha metido en un buen lío. Ahora..., tanto él como sus «socios» resultan personas muy comprometedoras. ¿Acierto al suponer que... ha decidido prescindir de su colaboración? —dijo Garren, sonriente.

—Eres inteligente, Garren. Algo así es lo que he pensado —respondió el gángster, enigmático.

Garren abrió la nevera y agregó un chorrito de ginebra y dos trozos de hielo al vaso de Antonello.

—La mercancía situada en el sótano de McCall... —insinuó luego.

—¡Touché...! —exclamó Antonello, burlón—. ¿Has oído hablar de algún blindaje que resista una carga de explosivo plástico, mi buen Garren?

—Será fácil abrirnos paso y... apoderarnos, gratuitamente, del cargamento que McCall guarda allí. En cuanto a McCall, Salzman, Tompson, Cooper...

Antonello pronunció un sonido gutural muy desagradable, al tiempo que se pasaba el dedo índice por el cuello.

—Para todos ellos...,

L'omertá

, el silencio —anunció con voz fría. Y se llevó el vaso de *gin-tonic* a los labios.

Johnson cortó gases.

Abajo, en el desierto, una sucesión de nubecillas de polvo llamaba su atención.

—Un automóvil se dirige al sur —informó en voz alta, sin volver la cabeza.

—Desciende —ordenó Antonello—. Tal vez se trate de algo interesante.

Al gángster le fastidió un tanto que Johnson cumpliera sus instrucciones de forma tan violenta. Porque, en el súbito descenso, su estómago se alteró.

—Es un «Rambler» color cobre —informó Johnson—. No puedo ver a la persona que lo conduce, pero es un automóvil nuevo, del año pasado.

—¡Un «Rambler»! —exclamó Garren, siempre atento al dato—. ¿No es de esa marca el automóvil de Steve McCall?

—Aciertas —respondió Antonello—. Y sólo una persona, en

ausencia de Steve, se atrevería a usarlo.

—¿Katie, la guapa hermana de McCall? —preguntó Garren, aunque estaba seguro de ello.

—Así es.

—¿Entonces...?

—No sé qué pensar... Pero oí que Steve estaba muy disgustado porque Katie parecía más interesada por el doctor Vine que por el apuesto y elegante Charles Tompson...

—¿Quién sabe? —exclamó Garren, admirado de que su jefe hubiera conseguido pronunciar de una vez tan larga parrafada—. La bella Katie puede estar dispuesta a hacer alguna locura por el doctorcito...

—Eso pienso. En el fondo..., me tiene sin cuidado. Estoy pensando en algo mejor, más trascendente...

—¿Sí, jefe? —le animó Garren.

—En caso de que nos viéramos en un apuro frente a McCall..., no sería mala jugada tener a su hermana en nuestro poder.

—Una excelente idea —alabó Garren, siempre «jabonoso»—. ¿Bajamos?

—Sí —respondió Antonello. Y ordenó a Johnson—: Desciende con cuidado. Mi estómago es muy delicado.

Johnson cumplió con su función a las mil maravillas.

Cortó gases, descendió despacio, en oblicuo, y se posó sobre la senda que seguía el «Rambler», inmovilizándose de repente ante el automóvil.

Katie McCall tuvo que apretar a fondo el pedal del freno para evitar la colisión contra el helicóptero que había aparecido ante ella de forma tan inesperada como espectacular.

Por desgracia para ella, cuando pudo reconocer a Garren, Joe y Pat, los tres hombres se abalanzaban ya sobre ella.

A pesar de todo, trató de recuperar la pistola que había dejado en el cajón del panel, pero Joe, avieso, adivinó sus intenciones y apresó su brazo con fuerza.

—Tranquilícese, señorita McCall —se burló—. ¿Qué teme? Usted sabe que somos amigos...

—¡Suélteme! —gritó Katie, rabiosa.

—Desde luego, *milady* —respondió Joe. Y la soltó.

Pero, velozmente, abrió el compartimento y se apoderó de la

pistola.

—¡Ajá! —exclamó—. Así que la gatita tiene sus uñas bien afiladas, ¿eh? Maldita sea. Nos hubiera acribillado, si no me doy prisa en...

—Cállate —ordenó Garren—. No perdamos el tiempo. En cuanto a usted, Katie, no tiene nada que temer. Sólo pretendemos invitarla a dar un paseo, en helicóptero. ¿Ha contemplado alguna vez el desierto desde las alturas? Es un espectáculo grandioso...

—Quédese con todas las entradas —respondió Katie, ácida. E intentó escapar.

De nada le valió, por desgracia.

Pat, que aguardaba fuera, interpuso una de sus largas piernas entre las de la mujer, y Katie cayó sobre los punzantes guijarros.

Garren la ayudó a incorporarse con un tirón brusco.

—No nos obligue a actuar, Katie. Hace calor, y el sudor es desagradable y maloliente. Venga con nosotros.

La arrastraron contra su voluntad.

Sin embargo, Katie dejó pronto de ofrecer resistencia. No conocía a fondo las intenciones de aquellos gangsters, pero una cosa era cierta para ella: le convenía reservar sus fuerzas hasta el momento oportuno.

En el helicóptero, Lauro Antonello la saludó untuoso:

—Ah, señorita McCall. Bien venida a mi humilde refugio volante. Hace calor fuera, pero a bordo se mantiene una temperatura agradable. Tengo también refrescos, ginebra y hielo. ¿Puedo ofrecerle un trago? —preguntó.

—Bébaselo todo usted, Antonello. Y ojalá la ginebra le perforé el estómago —respondió Katie, agresiva.

Antonello crispó su ancho rostro en una mueca de desagrado.

—No son esos modales para una mujer tan bella. En fin, querido Johnson, puedes elevar el aparato. Pero con cuidado —ordenó.

El helicóptero ascendió suavemente.

Katie se sentía muy incómoda, materialmente estrujada entre el obeso Lauro Antonello y el fornido Joe.

—¿Qué se propone exactamente, Antonello? —preguntó al cabo, tras unos minutos en que todos permanecieron en silencio, con la vista fija en el confín del horizonte.

—Nada malo, puede creerlo —respondió el gángster, con una

sonrisa—. Sólo trato de ayudar a su hermano. Al parecer, tiene dificultades. Se trata de ese doctor Vine, ¿no es cierto?

Katie no se molestó en responder.

Pero unos minutos después, Johnson daba la voz de alerta:

—¡Atención! Se acerca un camión. Avanza despacio hacia nosotros.

—Da una pasada, Johnson, Es necesario identificarle —propuso Antonello.

Se sentía un tanto defraudado por la arisca actitud de Katie McCall.

Pero, en el fondo, no le importaba demasiado. El disponía de muchas mujeres hermosas, de tantas como quisiera. Y Katie, para él, sólo era un rostro bello y un cuerpo bien formado. Como las demás.

Garren, que había ocupado el puesto de copiloto, se agitó, inquieto, en el asiento.

—¡Jefe!... ¡Ese hombre... es el doctor Vine! Si no me equivoco, McCall y sus socios también viajan en el camión. ¡Y Vine parece dominar perfectamente la situación! Tiene... una carabina en las manos.

Katie quiso incorporarse ansiosamente para poder mirar hacia abajo, pero Joe la retuvo firmemente por un brazo.

—¿Estás seguro? —preguntó Antonello, calmado, permitiendo que Pat le encendiese el cigarro que acababa de morder.

—Totalmente. Ahora los veo mejor. Vine les mantiene vigilados... ¿Qué hacemos? —preguntó, un tanto inquieto.

—Pensemos sin prisas. Podemos descender y disparar algunos disparos de aviso. Ello les inducirá a creer que no queremos asesinarlos, sino sólo detenerlos. Y cuando se hayan detenido..., será fácil acertarles con un puñado de bombas —propuso Antonello, dejando escapar una bocanada de humo sobre el cuello de Katie.

—¡No se atreverá a hacerlo! —exclamó Katie, airada.

—Usted es una mujer privilegiada, querida —respondió el gángster, burlón—. Va a ser testigo de algo que no es dado contemplar a todo el mundo.

Garren, siempre dispuesto a halagar a su jefe, abrió una maleta y sacó la metralleta.

Con un movimiento preciso, introdujo en el brocal de carga el larguísimo cargador, y ordenó a Johnson que hiciera descorrer la

portezuela eléctrica de la derecha.

Tras lo cual, asomó medio cuerpo y disparó cuando el helicóptero pasó zumbando sobre el camión-grúa.

Katie se mordió los labios. Un sollozo profundo, desesperado, brotó de sus labios.

—¡Dios mío, Dios mío!...

Pero Joe, el brutal y corpulento Joe, la mantenía tan apretada contra sí que Katie se sabía incapaz de hacer el más leve movimiento.

Johnson dio rápidamente la vuelta y anunció a gritos:

—¡El camión sigue adelante! ¡No han obedecido!...

—En tal caso. —Antonello mantenía el vaso en su diestra y el cigarro, humeante, en su izquierda, como un general que dirigiese una batalla—, tal vez sea preciso frenarles. Pat, las bombas.

Pat murmuró un rápido «desde luego, jefe» y abrió la segunda maleta, donde se apilaban, muy ordenadas, las gruesas bombas de explosivo plástico, capaces de reventar un carro de combate.

De repente, cuando el pistolero se disponía a soltar uno de aquellos artefactos sobre el camión, Katie consiguió desasirse de Joe y saltó hacia adelante.

El piloto se sintió desplazado hacia el tablero de instrumentos, y sus brazos torcieron, de forma inconsciente, el timón, con lo cual el helicóptero dio un bandazo violento.

—¡Maldita sea!... —rugió Pat, revolviéndose como un niño al que han arrebatado su juguete—. ¡He fallado... por su culpa!

—¡Calma, calma! —exigió Antonello, sin moverse de su asiento, sin abandonar su vaso y su cigarro—. Sujétala, Garren.

Garren fue muy expeditivo. Aunque se sentía muy atraído por la bella Katie McCall, por encima de aquel sentimiento estaba la voluntad del poderoso Antonello.

En consecuencia, se inclinó hacia adelante, apresó a Katie, que había perdido el equilibrio, y la derribó tras el asiento del piloto, de un bestial puñetazo en la barbilla.

—¡Bravo, Garren! —exclamó Antonello, excitado por la salvaje escena—. Vas sumando méritos a cada momento. Pero ahora... procurad detener al camión. Nada me alegraría más que ver volar en pedazos a McCall, Vine y compañía.

Garren es esponjó como un pavo real. Y apartando al inútil Pat

de un codazo, se abalanzó sobre la maleta situada sobre el asiento del copiloto y comenzó a arrojar puñados de bombas por la ventanilla.

—¡Recto, recto hacia el camión, Johnson! —gritó, excitado.

Tan distraído estaba en su salvaje tarea, que apenas se sostenía en el marco metálico de la puerta con una pierna.

De repente, Johnson lanzó un alarido salvaje.

—¡La grúa!... ¡Está elevándose!

—¿Qué diablos quieres decir? —preguntó Antonello, un tanto desconcertado.

Johnson no tuvo tiempo suficiente para contestar.

El helicóptero se abatió sobre el camión, cuyo potente brazo-grúa se había elevado hasta veinte metros sobre su base.

Sonó un tremendo crujido, y el parabrisas plástico saltó convertido en menudos fragmentos.

Antonello gimió cuando los pedazos de plástico hirieron sus fofas facciones.

En cuanto a Garren... Cuando se produjo el encontronazo con el brazo de la grúa, el helicóptero se conmovió violentamente, con lo cual el «brazo derecho» de Antonello salió despedido al vacío y desapareció, exhalando un chillido alucinante.

—¡Johnson! —gimió Antonello, que había perdido hasta el último ápice de serenidad—. ¡Haz algo! ¡Endereza la marcha del helicóptero!

Johnson sangraba de forma escalofriante por las múltiples heridas de su rostro.

Sin embargo, consiguió incorporarse, se limpió la sangre de un manotazo rabioso y aumentó las revoluciones de la hélice, que había resultado indemne en la violenta colisión.

El aparato describió una línea elíptica, y luego se precipitó a poca velocidad hacia el espeso bosquecillo de saguaros, que coronaba la cima de una colina próxima.

Resonó un estampido, y el aparato se precipitó a tierra.

Una gran polvareda se alzó a las alturas, entre los enhiestos saguaros.

CAPÍTULO XIV

Cuando el brazo de la grúa impactó contra la carlinga del helicóptero, el camión frenó bruscamente y dio un bandazo violento, a punto de volcar.

Vine tuvo que torcer el volante a la derecha con presteza para impedirlo, mientras los ocupantes de la caja aplastaban sus rostros contra el piso metálico y una lluvia de fragmentos metálicos caía sobre sus espaldas.

Rápidas explosiones se produjeron en forma simultánea, y el camión se agitó como un monstruo herido de muerte.

En la cabina, Vine se sintió desplazado fuera de la misma, y cayó sobre los riscos, rebotando hasta varios metros de distancia.

Cuando volvió en sí, McCall le encañonaba con su revólver. Junto a él estaban Charles Thompson y Eve Morgan, que le contemplaba con un rictus rencoroso en su rostro demacrado y cetrino.

—Arriba —bramó McCall, que a duras penas se sostenía sobre sus piernas.

—¿Qué... qué ha ocurrido? —preguntó Vine, atontado—. ¿Jim? McCall soltó una risotada triunfal.

—Tuve que derribarle de un puñetazo —confesó—. Fue fácil... Se golpeó contra la base de la grúa, y apenas se resistió cuando le arrebaté el revólver de las manos.

—Pero el helicóptero... —murmuró Vine, que sentía correr la sangre, cálida, desde su ceja derecha.

—Fue una inteligente maniobra la suya, doctor Vine, justo es reconocerlo —se burló McCall—. Probablemente, Antonello y sus pistoleros han muerto, destrozados.

—Está ardiendo —dijo Thompson—. El helicóptero arde ya.

Vine exhaló un gemido, y se incorporó, ansioso por mirar hacia el bosquecillo de saguaros.

Eve se abalanzó sobre él, dispuesto a golpearle a patadas. Pero el vozarrón de McCall le detuvo en seco:

—¡Quieto, Eve! Quizá necesitemos al doctor Vine... aún.

Vine se incorporó con dificultad.

Tompson había dicho la verdad. En la cima de la colina, entre los troncos verdes de los saguaros, se elevaban las llamas.

Una columna de humo negruzco ascendía hasta, el firmamento azul grisáceo.

—He de ir hasta allá —dijo Vine—. Puede haber algún herido... Probablemente, necesitan mi ayuda.

Charles Tompson avanzó unos pasos. Y Vine advirtió que empuñaba una aplastada pistola en la mano izquierda.

—Iremos hasta los saguaros... para rematar a cualquier posible superviviente —aseguró McCall, sombrío.

—Esa pistola... —dijo el médico—. Supongo que la mantuvo oculta entre sus ropas, Tompson.

—Así es.

—¿Por qué no la utilizó contra mí, contra mis amigos? Pudo acribillarnos por la espalda —insinuó Vine.

Tompson bajó los ojos.

—Aunque me lo propusiese..., sería incapaz de matar. No soy un asesino —confesó, con voz ronca.

—Pero usted me odia, Tompson. Soy su rival, en cuanto a Katie McCall —dijo el doctor, extrañado.

—Bueno —a Tompson le costaba gran esfuerzo hablar con sinceridad—. Admito que usted merece más a Katie que yo. Usted, Vine, es la clase de hombre que yo hubiera querido ser. Ahora... ella conoce la verdad. Sabe... que soy un delincuente, un hombre sin honor y sin esperanzas. Sin embargo...

—Estás humillándote, Charles. ¿No te avergüenzas de ello? —bramó McCall, fuera de sí.

—Déjele hablar —exclamó Vine, severo—. Siga, por favor, Tompson.

—Bien. A pesar de todo, amo a Katie de veras. El mío es un sentimiento absoluto, sincero y limpio. Si quiere que le diga la verdad, doctor Vine, no le he acribillado a balazos... por la espalda,

porque sé que Katie está enamorada de usted. Y, de haberlo matado, Katie no me lo perdonaría nunca. Yo no sería capaz de vivir, sabiendo que ella me odiaría para siempre —confesó Thompson.

—Está bien, dejémonos de tonterías —le interrumpió McCall, brusco—. Debo agradecerle sus cuidados, Vine. La verdad es que todos nos hemos recuperado mucho, a pesar de Antonello. Pero no se haga ilusiones. Yo no soy un estúpido sentimental, como Charles.

—Lo sé —respondió Dave, mirándole rectamente a los ojos—. Usted es la bestia, la fiera carnicera, siempre sedienta de sangre...

Eve se aproximó por la espalda a Vine, y le golpeó de una patada en los riñones.

Vine no se revolvió. La verdad era que se sentía extenuado y dolorido, incapaz de la menor reacción física.

—No se pase, Vine —advirtió McCall, duro—. El hecho de que, por ahora, sigamos necesitándole no le autoriza a insultarme. Ahora póngase en pie. Nos precederá hasta el bosquecillo de saguaros.

Obedeció.

E inició, tambaleante, la ascensión por la abrupta ladera, poblada de matorrales espinosos y erizada de afiladas pizarras.

McCall demostraba una vez más su crueldad, enviándole por delante.

Si quedaba algún superviviente de los ocupantes del helicóptero..., Vine serviría como señuelo, como cebo.

Antonello y sus pistoleros disponían de metralletas y bombas. Sin proponérselo, Vine esperaba escuchar de un momento a otro el restallido brutal de una ráfaga.

Volvió la vista y comprobó que McCall, Thompson y Eve Morgan le seguían a unos diez metros de distancia.

Avanzaban con precauciones, encorvados, con las armas listas a escupir fuego.

Bastaría un simple crujido de un matorral, allá arriba, para que McCall y sus acompañantes comenzasen a disparar hacia los saguaros.

Extremó las precauciones, ascendió lentamente, con gran cuidado, evitando pisar las pedrizas y los rescos matorrales.

En la cima de la colina crepitaban débilmente las planchas candentes del destrozado helicóptero.

Hubo un movimiento entre los saguaros, el lento desplazamiento de dos sombras...

Vine se disponía ya a aplastarse contra el ardiente suelo pedregoso, tratando de pasar inadvertido, pero el grito de aviso llegó, nítido, a sus oídos:

—¡Quieto! ¡No se mueva!

Se detuvo y alzó los brazos.

Algunos metros detrás, McCall y sus acompañantes se abalanzaron sobre los matorrales, con una urgencia explicable.

Vine aguardó, en una espera tensa y dolorosa, consciente de que ofrecía un blanco perfecto, tanto para McCall como para el hombre que le había ordenado detenerse.

Vio una cabellera negra y brillante flotando al viento...

—¡Katie! —Brotó el alarido incontenible de sus labios.

Un individuo gordo y calvo la agarraba por un brazo, protegido tras el cuerpo de la mujer.

Era Lauro Antonello.

Presentaba un aspecto grotesco, con el blanco traje veraniego manchado de tiznones, y el ancho rostro redondo chorreante de sudor y de cenizas.

Sin embargo, la pavonada «Walker-Parabellum» con la que encañonaba a Katie no tenía nada de ridículo.

Vine les vio avanzar, cuesta abajo, a través de los intrincados matorrales.

—¡Dave! —sollozó Katie—. ¡Estás... vivo!

—¡Oh, el eterno femenino!... —gorjeó Antonello, empujándola salvajemente hacia adelante—. Tiene la muerte a sus espaldas, Katie, pero usted sólo se preocupa por su héroe...

A diez metros de distancia con la piel acribillada por los acerados espinos, McCall alzó la cabeza y atisbó entre los matorrales.

Vio a Katie, que avanzaba, ligera, pendiente abajo. Vio también a Antonello, que la asía por un brazo como si, galantemente, tratase de impedir que la mujer cayera...

No vio la «Walker» de Antonello, pero sí su sonrisa sarcástica. E interpretó erróneamente la situación.

—¡Perra!... —bramó, entre dientes—. Ella ha guiado a Antonello hasta aquí... Y, probablemente, en su mente ha germinado la

semilla de la traición. Antonello es rico, poderoso... Y ella se muestra complaciente con él.

Sin meditarlo, elevó la pistola y disparó.

Su revólver escupió plomo por tres veces consecutivas.

Se oyó el alarido estridente de Katie, al tiempo que el doctor Vine saltaba hacia adelante y rodaba sobre las afiladas planchas de pizarra.

Sin la protección del cuerpo de la mujer, que había caído de costado, Lauro Antonello comprendió que estaba irremisiblemente perdido.

Retrocedió apresuradamente, hasta alcanzar los troncos de los saguaros.

Disparaba alocadamente, a ráfagas, barriendo coa una rociada de plomo los matorrales, consciente de que aquella barrera de fuego suponía una sólida protección para su huida.

Detrás de McCall, Eve Morgan dejó escapar un quejido.

El policía se volvió de un respingo y vio a Eve de bruces contra el suelo, con un agujerito sangriento en un extremo de la frente.

Súbitamente, McCall se incorporó y disparó varios tiros.

Antonello se detuvo como retenido por la mano de un gigante. Tropezó y cayó.

En el suelo, agonizante, con el pecho y el abdomen perforados, comenzó a sollozar como un niño.

McCall dejó escapar una risotada triunfal.

Ya se volvía hacia Charles Thompson, dispuesto a avanzar hacia el bosquecillo de saguaros, cuando advirtió que su «socio» le encañonaba con su pistola.

Era horrible la contracción de los músculos faciales de Thompson, que convertían su bello rostro en una máscara de odio y de rencor.

—La has matado... —murmuró, las mandíbulas tan intensamente contraídas que sus maxilares se marcaban como cuero viejo.

—Baja esa pistola, imbécil. Antonello está herido de muerte... ¡Sígueme! —Ladró McCall.

Pero Thompson no se movió.

—La has matado, canalla —silabeó—. Has disparado contra tu propia hermana.

McCall escupió en el suelo.

—¿Y qué?... —gritó—. ¡Era mi hermana! Ella me traicionó. Ha recibido lo que merecía...

—¡Eres... una bestia! Vine tenía razón... Devoras cuanto está al alcance de tus fauces, sin experimentar el menor sentimiento — acusó Thompson, ebrio de ansias de venganza.

Impaciente, Steve le dio la espalda y comenzó a ascender.

Con toda la serenidad de que fue capaz, Charles alzó la pistola, apuntó y apretó el gatillo.

Una, dos, tres..., hasta cinco veces ladró su pistola.

El corpachón de Steve McCall se estremeció a cada impacto. Rosas de sangre mancharon su grasienta camisa caqui.

Lentamente, comenzó a girar sobre sus pies, notando en su interior las brumas de la muerte.

—¡Cerdo!... —Silabeó, con un estertor.

En el último momento, cuando sus piernas se doblaban ya, apretó el gatillo de su revólver y restalló el disparo.

La gruesa bala, calibre treinta y ocho, atravesó el cuello de Thompson. Su cuerpo se estremeció con violencia, y luego quedó inmóvil.

CAPÍTULO XV

El polvo reseca sus fauces.

¿Era sólo el polvo o... era también aquel dolor hondo que le impedía respirar, moverse siquiera?...

Tenía marcado en su mente el alarido de Katie.

—Está muerta, muerta, muerta... —murmuraba entre dientes.

Sus manos apretaban los espinos, en un anhelo desesperado de evitar el trauma psíquico mediante el mero dolor físico.

La ladera estaba en silencio. Y el aire olía aún a pólvora.

—El silencio de la muerte... —Silabeó Vine, obsesionado.

Cerró los ojos. Porque ya no le interesaba seguir viviendo.

Y entonces se rompió el silencio.

Se oyó un quejido. Y Vine lo identificó: aquel sonido había salido de los labios de Katie.

Alocadamente, se incorporó y corrió a través de los espinos, resbalando, cayendo y tornando a incorporarse a cada caída.

La encontró al pie de los primeros saguaros.

Estaba tendida en el suelo, sobre un costado, con las negras crenchas de sus cabellos enredadas entre los matorrales.

Hubo un destello apasionado en los ojos oscuros de la mujer cuando en sus retinas se reflejó la silueta del hombre.

—¡Dave!...

—¡Katie!... ¡Tú... estás viva!... ¡Creí..., yo creí...! —murmuró torpemente, inclinándose sobre ella.

La besó, la abrazó tiernamente, acarició sus mejillas, desenredó sus cabellos...

Cuando Dave terminó de acariciarla, ella dijo:

—Me duele... la cadera... horriblemente, Dave. Pero... ¡Sí, estoy viva! Lo siento dentro de mí, en mi piel, en mi carne, en mi

corazón...

—¡Calla! —exclamó Vine—. Tu pantalón está manchado de sangre. Una de las balas debió herirte... Déjame, veré de qué se trata...

La tela del pantalón tejano era muy resistente, y los dedos de Vine sangraron al desgarrarla.

Suspiró, tras examinar la redonda cadera de Katie.

Era una herida en sedal. Muy dolorosa e impresionante, pero de escasa gravedad.

—No es nada —exclamó alegre—. La desinfectaré, te inyectaré antibióticos... ¡Pronto estarás bien!...

Pero las bellísimas facciones de Katie se nublaron repentinamente.

—Dave..., ¿quién fue el loco que disparó contra mí, contra Antonello? —preguntó ella, tensa.

Vine desvió la mirada.

Había visto morir a McCall, y adivinaba que Thompson había perecido igualmente.

Dave sabía que Steve había disparado a matar sobre su hermana. Pero si confesaba la verdad a Katie, ella viviría eternamente atormentada por la certidumbre de que su hermano había intentado asesinarla.

Tampoco podía echar la culpa a Thompson, que había tenido un ulterior rasgo de nobleza con Katie, con él mismo.

Tragó saliva. Buscaba desesperadamente una explicación que sonase de forma convincente.

Y la encontró finalmente.

—Fue Eve Morgan. Cuando me arrojé al suelo y me perdieron de vista, Morgan se puso nervioso, y comenzó a disparar. Sus balas, que iban destinadas a mí, te alcanzaron a ti mintió, piadoso.

Katie cerró los ojos. En lo más íntimo, Dave se sintió satisfecho de haberla convencido con tanta facilidad.

Se incorporó y lanzó un grito.

—¡Eh, Stanley! ¿Quiere salir de debajo del camión y traerme mi maletín? Tenga cuidado con Nathan Morgan. Oblíguele a subir hasta aquí —ordenó.

La ciudad de Las Arenas estaba de luto.

En las cervecerías, en la piscina de Tony Gallardo, en el Círculo Ganadero, en el club Cooparena..., en todas partes se comentaba la tragedia.

Corría de boca en boca una versión que nada tenía que ver con la realidad de lo sucedido en el desierto.

Aquella versión había sido amañada por Dave Vine, en colaboración con Jack Brown, Jim García y el agente del Departamento de Narcóticos, Don Jefferson.

Oficialmente, Steve McCall, Charles Tompson, Eve Morgan y el camionero Julio Montesino habían muerto despeñados, cuando el *sheriff* se extravió, lamentablemente, camino a Xotkli.

—Es un lugar peligroso, ese barranco del Puma —comentaban los campesinos, moviendo, prudentes, la cabeza—. Steve fue un loco al aventurarse en esa zona intrincada, al oeste del desierto.

Los hombres del Departamento de Narcóticos, alertados por el doctor Vine, habían llevado a cabo un servicio silencioso, rápido y discreto.

El juez Salzman, el abogado Wesley Cooper y el policía Nathan Morgan habían sido trasladados, al anochecer, a la capital del Estado.

Era verano, época propicia para tomar un descanso. Y las vacaciones de Salzman, Cooper y Morgan justificaban discretamente su larga ausencia.

También fueron detenidos, de forma disimulada, los camioneros del equipo de prospección de aguas de Cooparena, y también el policía Cardy y dos de sus compañeros, cómplices de Steve McCall.

Katie McCall, que cojeaba apenas, se había vestido de luto, como era corriente en Las Arenas, donde aún se conservaban vigentes las costumbres hispanas.

El color negro, lejos de menguar su atractivo, lo acrecentaba mucho.

Así lo apreció Dave Vine a la mañana siguiente, tras el entierro de Steve McCall.

—Estás preciosa... —murmuró él, cuando regresaban, despacio, hacia el centro de la ciudad.

Katie entornó los ojos, y le envió una mirada densa y cálida.

—Y tú eres el hombre más valiente del mundo —respondió en

un susurro.

—Exageras —bromeó el doctor Vine, tomándola del brazo.

—El más valiente, el más honrado y el más generoso. Los ciudadanos de Las Arenas seguirán pensando en mi hermano como en un hombre honesto... Y todo ello, gracias a ti. Invocaste el servicio que habías prestado al Departamento de Narcóticos y al Estado, y conseguiste que Don Jefferson silenciase la conducta delictiva de McCall y sus compinches —pronunció ella, en tono vibrante.

Y añadió, antes de que Dave pudiera responder:

—Sé que todo ello lo hiciste por mí, amor mío.

Vine dejó escapar una breve carcajada.

—Vamos, vamos, no seas presuntuosa... Lo hice, también, por los ciudadanos de Las Arenas. Son buena gente, sencilla, noble y... crédula. Se hubieran sentido avergonzados, si hubieran conocido la verdad.

Se detuvieron ante la residencia de los McCall, cuyos sótanos habían sido vaciados, la noche anterior, por los

G-Men

del Departamento de Narcóticos.

Entraron.

Y cuando estuvieron a cubierto de miradas indiscretas, bajo las ramas frondosas de un tilo, Dave tomó a Katie por la cintura y, acercando sus labios, la besó suave, pero hondamente.

Estaban besándose todavía cuando un grito les obligó a separarse.

Luego, Dave sonrió: el grito procedía del sótano, donde había encerrado la noche anterior a Stanley, temeroso de que el anciano, excesivamente hablador, propalase la verdad entre los ciudadanos de Las Arenas.

—Tendremos que devolverle al Manantial de Perkins —dijo Vine, preocupado—. Stanley está ansioso por recuperar el tiempo que lleva sin hablar con un ser humano, allá en el desierto. ¿Vendrás conmigo, Katie?

Ella volvió a besarle, desoyendo los furiosos chillidos de Stanley. Y luego afirmó:

—Hasta el fin del mundo, amor mío.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS*

100 000

, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] Se llama así a los norteamericanos de origen mexicano. < <

[2] Plantas cactáceas que alcanzan hasta diez metros de altura, propias de los Estados del sudoeste de los Estados Unidos de América. < <